
Ascenso y caída del General Francisco Morazán

Danilo Sierra Torres

Primera Edición, 2009

© *Secretaría de Cultura, Artes y Deportes*

Tegucigalpa, Honduras

Autoridades Secretaría de Cultura, Artes y Deportes

Myrna Aída Castro R., Secretaria de Estado

Héctor Roberto Luna, Director General del Libro y el Documento

Consejo Editorial

Óscar Acosta

Eduardo Bähr

Mario Argueta

Diagramación y Diseño

Doris Estrella Laínez Aguilar

ISBN

978-99926-53-03-6

Editorial Cultura

Printed in Honduras

Impreso en Honduras

PRESENTACION

"Estos son los héroes; los que pelean para hacer a los pueblos libres"

José Martí

"DECLARO: que mi amor a Centroamérica muere conmigo.

Excito a la juventud, que es la llamada a dar vida a éste país, que dejo con sentimiento, por quedar anarquizado, y deseo que imiten mi ejemplo de morir con firmeza antes de dejarlo abandonado al desorden en que desgraciadamente hoy se encuentra".

(Del Testamento del General Francisco Morazán).

¿Por qué escribir un libro sobre Morazán, un libro con hechos verdaderos y en donde se mezclan con dramatizaciones imaginadas?

Porque la vida y hechos del General Francisco Morazán es un ejemplo a seguir especialmente para la juventud. A quien el General con visión profética les recuerda, que son ellos, los jóvenes, los llamados "a dar vida a este país" y les pide "que imiten su ejemplo de morir con firmeza antes que dejarlo abandonado al desorden en que desgraciadamente hoy se encuentran"

La lucha del General Francisco Morazán se desarrolló, en un momento histórico, en el que se buscaban espacios políticos. Recordemos que la proclamación de la independencia, significó no solo librarse del dominio español, si no también del reino de Guatemala. Aunque en Comayagua se declararon independientes de Guatemala irónicamente se pedía anexarse a México.

Morazán ante el conflictivo proceso de construir un estado independiente y el apareamiento de la violencia política, opta por participar, Y así el antiguo reino de Guatemala se convierte en una República Federal. Dividida en cinco estados independientes con su respectiva constitución. Y la búsqueda de la conciliación de las distintas fuerzas políticas y una sola república que unificara los estados independientes se vuelve el quehacer fundamental de la vida de Morazán.

Curiosamente con la desaparición física del General Morazán, la idea de la unión Centroamericana, no desaparece.

Desde 1842 hasta nuestros días, de manera redundante vuelve a surgir el sueño de una Centroamérica próspera, unida y pacífica.

Pareciera que hay ideas que jamás caducan porque mantienen una vigencia permanente y que son las respuestas a las inquietudes políticas siempre actuales.

Y también porque el hombre tras esas ideas: Es real, no es inventado. Y su pensamiento que lleva el sello de su personalidad, permanece en el corazón de los centroamericanos.

Y como bien lo dice don José Francisco Barrundia: "El conocía los hombres, los pueblos y la revolución. El apareció inspirado por la patria y por la gloria. No derrama una sola gota de sangre, si no es el campo de batalla; aleja el servilismo de la escena pública; abre la prensa a todo género de publicaciones, con la libertad más omnímoda. Desprecia la injuria y la calumnia mas audaz, Reorganiza el país (Honduras) lo establece en toda la dignidad de sus instituciones, y se somete a la Autoridad Nacional. ESTE ERA MORAZAN."

Y cada vez que se habla de restaurar la unión centroamericana, surge su nombre como si fuera una bandera.

EL AUTOR

EL PRINCIPIO DEL FIN....

La noche era muy fría. Como suelen ser todas las noches allá, en las serranías de Intibuca. Una media docena de hombres nos hallábamos acomodados alrededor de una fogata, conversando y sorbiendo un café muy caliente, dulce y reforzado con una generosa dosis de aguardiente de caña. Enfundados en capotes ahulados, ponchos guatemaltecos y perrajes salvadoreños, comentábamos los incidentes del día. Éramos parte de un grupo de unos 60 hombres, que íbamos a unirnos a las tropas del General Francisco Morazán, que regresaba de Panamá. De entre las sombras surgió la silueta corpulenta del Sargento Mayor Horacio Martínez, nuestro jefe, se acercó al grupo, caminando lentamente mientras soplabá en una taza de latón llena de café; y se sentó a mi lado, durante unos minutos permaneció callado, mirando las llamas soplando y sorbiendo café. Al rebuscar en mi mochila, en busca de unos cigarrillos, mi libreta de apuntes se cayó. El sargento la tomó, la examinó y me la devolvió, al tiempo que me preguntaba:

—¿Qué tanto escribes? Desde que salimos he venido observando que tomas nota de todo.

Muy ruborizado guardé la libreta y farfulle:

—Nada...

—Nada, eh?, pues para no tener nada en esa libreta, la cuidas mucho...

Sonreí ante las palabras de sargento y expliqué:

—Verá Sargento; mi padre es comerciante y me ha estado insistiendo en que yo sea comerciante como él. Pero a mi, lo que gusta es escribir, y espero algún día escribir una novela. Así que me enrolé, para tratar de reflejar por escrito las incidencias de esta campaña, y sacar buen material para mi novela.

El Sargento asintió y burlonamente comentó:

—Y quién quita y te hagas famoso con una novela de guerra. ¿Verdad?

—Bueno, en realidad —contesté— No pienso escribir propiamente sobre la guerra, si no sobre la vida del soldado, su carácter, sus sueños, su motivación para la guerra, en fin...

El Sargento asintió silenciosamente.

—¿Sabe Sargento? —continué— Lo ideal para mi sería escribir sobre el General Morazán, pero no lo conozco. Y los que le conocen, no me conocen.

Asintió nuevamente mi interlocutor y apurando de un trago los restos de su café, se recostó y dijo:

—Pues por casualidad, yo te conozco y...conozco al General.

—¿¡Lo conoce, Sargento!? —pregunté excitado.

—Y muy bien. Desde hace más de 13 años —puntualizó.

Rápidamente extraje mi libreta y lápiz en ristre, me dispuse a escribir al tiempo que preguntaba:

—¿Cómo es el General? ¿Es enojado? ¿Es cierto que es ateo? ¿Qué es muy rico?...

—Calma, muchacho, calma —contestó el sargento incorporándose. —Una pregunta a la vez... O mejor aún deja que te cuente y tú vas anotando.

—Muy bien, Sargento, empiece le dije —observando que los demás compañeros nos miraban atentos.

—Bueno...deja ver —dijo el viejo soldado rascándose la cabeza.

—Mi padre era un guirís* y gastó toda su vida buscando la mina que le daría fama y fortuna. Viajaba de Olancho a Yoro, de Yoro a Yuscarán, de Yuscarán a Choluteca, a Santa Barbara, y así sucesivamente, siempre viajando; mientras mi madre y yo nos quedábamos en un viejo rancho, que ella heredó de mi abuelo. Ahí nací, crecí y me hice hombre. Cuidábamos de unas pocas vacas y vivíamos de la leche, queso y mantequilla que producíamos.

Pero entre los diezmos a la iglesia y el bondadoso corazón de mi vieja, apenas alcanzábamos para vivir; y eso, el duro trabajo, y el abandono en que nos dejaba mi padre, se la llevó a la tumba.

Al morir ella, quedé completamente solo y trabajando el doble para sostenerme.

Un día, emprendí un viaje muy temprano, para llevar unos quesos a la casa del Gobernador en el pueblo, y que distaba de mi rancho unas dos leguas. Distancia que yo recorría a pie, porque ni para un mal burro me alcanzaba. Salí cuando aún estaba oscuro y aunque evidentemente iba a llover, pensé que si me daba prisa, evitaría mojarme. Sobre mi espalda, llevaba una arganilla, que contenía cuatro hermosos quesos, y en mi mano, una larga vara, aguzada en un extremo, como una lanza, que me servía para sostenerme al andar y protegerme de los perros bravos del pueblo. Durante el trayecto, iba pensando en los últimos acontecimientos que estaban en boca de todos: de la caída e incendio de la ciudad de Comayagua. Y que invadida por las tropas del Coronel José Justo Milla por órdenes del General Manuel José Arce, habían apresado y enviado encadenado a Guatemala, al Jefe de Estado de Honduras, Don Dionisio de Herrera.

Al rato, empezó a lloviznar, y así, continuó implacablemente hasta convertirse en un fuerte aguacero, y aunque me había protegido con una vieja capa española, única herencia de mi padre, pronto el agua me caló completamente y el frío empezó a entumecerme.

Ante tal perspectiva, busqué un árbol frondoso para guarecerme y ver si al escampar la lluvia, seguía mi camino.

*Minero Vagabundo.

Repentinamente, creí escuchar un grito. ¿Sería el viento?. Agucé el oído. No. Eran voces, gritos y sonidos metálicos, que venían del otro lado de una línea de árboles y altos arbustos, divididos por un estrecho sendero que mostraba pisadas de caballo, claramente impresas en el barro. Empecé a correr, metiéndome entre los oscuros pinos y los zarzales de moras. Al desembocar a un claro, tuve a la vista una escena singular. Un muchacho como yo, se estaba defendiendo contra dos andrajosos atacantes. El joven vestía un largo capote gris oscuro, y calzaba botas hasta las rodillas, que se miraban cubiertas de lodo; iba tocado con un sombrero, y en ese momento, se defendía como león acorralado. Uno de los atacantes, provisto de un largo machete, de los llamados “cañero”, le atacaba con más furia que estilo, pero no por ello, menos peligroso, y que el muchacho esquivaba con gran agilidad, valiéndose de un afilado sable.

Un segundo atacante, armado con un filoso cuchillo de matarife y un grueso bastón, se acercaba en círculos cada vez más pequeños, a fin de lograr una oportunidad.

Un tercer miembro de los atacantes, al que no había logrado ver al principio, sostenía por la brida, un caballo que resoplaba y relinchaba asustado, mientras el bandido procuraba calmarle, a fin de apoderarse de una pistola, sujeta al arzón de la montura.

De pronto, el que atacaba al muchacho con el machete, resbaló en el barro. Circunstancia que aprovechó el atacado, para girar con inesperada rapidez, y con veloz movimiento de su espada, hirió la muñeca del que armado del puñal, se abalanzaba sobre él.

—¡Ayy, maldito cabron! —exclamó, agarrándose la muñeca herida y cayendo al suelo.

Mientras tanto el tercer atacante, ya había logrado apoderarse de la pistola y se preparaba para dispararla, por lo que casi sin pensarlo, terminé de correr los últimos metros, gritando:

—¡Alto! ¡Deténganse!

Durante unos instantes, los protagonistas se congelaron, reaccionando primero, el que estaba armado de la pistola y alzándola repentinamente, me disparó. La bala, pasó silbando junto a mi oreja derecha, dejándome una sensación quemante que en ese momento atribuí a la cercanía de la bala. Después, miré como el hombre volvía a levantar su brazo, tomando puntería, para volver a dispararme...

Aterrorizado, cogí con ambas manos la larga estaca que llevaba y avanzando sin vacilar, la hundí en su estómago, con tanta fuerza que lo atravesé.

Herido de muerte, el asaltante dejó caer el revólver y agarrándose de la estaca, trastabilló hacia atrás, y cayó de espaldas sobre un arbusto, de cara al cielo, donde expiró.

Horrorizado, caí de rodillas quedándome inmóvil. ¡Había matado a un hombre! De pronto, sentí que algo tibio corría por mi cuello, y al llevarme la mano, sentí algo viscoso y comprobé que era sangre.

—No se preocupe amigo —dijo una voz agradable— No es grave su herida.

Levanté los ojos y frente a mí, estaba un hombre joven. No un muchacho como yo había pensado al principio, si no un hombre hecho y derecho, de facciones finas, nariz aguileña,

tez blanca y cabellos negros que empezaban a retroceder sobre una frente despejada. De complexión delgada y estatura mediana, y pese a no poseer un físico impresionante, emanaba de él, un aura de distinción y autoridad irresistible

—Tome —me dijo, tendiendome un pañuelo— Y mantenga oprimida su herida durante un rato. Sólo ha sido el lóbulo de la oreja. Pronto dejará de sangrar.

Me puse de pie y miré a mí alrededor. Su oponente yacía inmóvil, con la cara sumergida en un charco de lodo.

Mientras, el herido en la muñeca, y con expresión asustada, se arriconaba contra un arbusto.

El extraño se acercó a su caballo, palmeandole en el cuello, y montando lo condujo a donde estaba el herido.

Se detuvo junto a él y quitandose una bufanda, la dejó caer a sus pies, al tiempo que le decía:

—Tomá, vendá fuertemente tu herida con esto, y vete. ¿Me has entendido? ¡Vete de aquí sino querès que te mate! Te estoy dando una oportunidad.

De pronto, el hombre echó a correr por entre los pinos hasta desaparecer.

El jinete regresó hasta donde estaba yo y me preguntó:

—¿Como se llama?

—Horacio Martínez —respondí.

—¿Se dirigía a su casa?

—No, al pueblo.

—Entonces, monta en “Lucero” conmigo. Dos pueden cabalgar lo mismo que uno.

Y quitandose su capote, lo puso en mis hombros, al ver que iniciaba un gesto de rechazo me dijo:

—No, sin objeciones, por favor... ¡Vamos, arriba!

Subí al anca de su caballo y emprendimos la marcha bajo el interminable aguacero.

—Me llamo Francisco Morazan y esos rufianes trataron de asaltarme —gritaba mi compañero, alzando la voz por encima del ruido de la lluvia y el viento.

Mientras el alazán golpeaba el barro del camino en dirección al pueblo. —Le dejaré en la entrada del pueblo porque voy más adelante.

—Bueno— respondí, también en voz alta, mientras me aferraba a la cintura del hombre.

Pero mi mente seguía atormentada por la horrible visión del asaltante ensartado, aunque lo que realmente me preocupaba, era que el hombre herido y perdonado por Morazán, pudiera reconocermé después y vengarse cuando yo estuviera desprevenido.

Pronto, tuvimos a la vista las primeras casas del poblado, y nos detuvimos bajo un frondoso árbol, salté del caballo y después lo hizo su dueño.

—Bien —dijo él— Hasta aquí, puedo llegar. Pero quiero que sepa que estoy muy agradecido por ayudarme. Si no, quien sabe lo que hubiera podido ocurrirme.

E inclinándose me estrechó la mano. Y dando la vuelta, puso un pie en el estribo.

De pronto, recordé quien era él. Había sido hasta hace poco, el Secretario General del Gobierno de Don Dionisio de Herrera, cargo que desempeñaba con sede en Comayagua, cuando la ciudad fue invadida por el ejército del coronel Jose Justo Milla, servidor del General Manuel José Arce.

Pese a la feroz resistencia de las escasas tropas leales a Herrera, puestas bajo el mando de Francisco Morazán, no fué posible impedir la caída de la ciudad y la detención del Jefe de Estado hondureño.

Morazán, escapó del cerco tendido, y se sabía que su cabeza tenía precio, por lo que las tropas de Arce le buscaban afanosamente.

—General... Morazán —contesté emocionado— Fue un honor pelear junto a usted. Se volvió y repitió con acento irónico:

—¿General? Es la primera vez que alguien me llama General, y es precisamente cuando voy huyendo.

—Pero no para siempre, General —contesté.

—Así es. No para siempre —dijo montando su caballo, se quedó mirándome y después continuó:

—¿Sabe, Horacio? Voy a Nicaragua a formar un ejército para volver, y necesito hombres valientes y leales como usted. Así, que si quiere compartir mi destino, mi pan y mi amistad, será un honor tenerle como compañero de armas.

Le miré sonriendo y tendiéndole mi mano contesté:

—Acepto de todo corazón...General.

—Entonces, vámonos...Sargento

Y subiendo nuevamente a la grupa de su caballo emprendimos la marcha a Nicaragua.

—Así conoci, al General Morazán; y desde entonces, estoy bajo sus ordenes —concluyó el Sargento Martínez.

—Pero, ¿Que pasó en Nicaragua? —pregunté

—Eso, mañana —contestó— Ahora, duermete Poeta.

Y dandose vuelta se enrolló en su capote, dispuesto a dormir, mientras los demás reían del calificativo con que me bautizó el Sargento y que a partir de entonces, se volvió mi sobrenombre de guerra.

MORAZÁN EL LÍDER...

Una mañana oscura de finales del mes de julio, el General y yo llegamos a una fábrica de tabacos, en León, Nicaragua, íbamos sucios, barbados y muy cansados después de tantos días de cabalgar. Desmontamos y preguntamos por el Coronel Terencio Ordoñez, quien al identificar al General, nos acogió con mucha cortesía en su casa. Era muy conocido y respetado en Nicaragua, a raíz de un levantamiento encabezado por él, contra el Vice-Jefe Arguello por su comportamiento despótico y que concluyó, con la renuncia de este funcionario.

Durante una semana, permanecemos ahí. Mientras, el Coronel se desplazaba en diferentes visitas misteriosas.

El Coronel Ordoñez era hombre bragado, cincuentón, enjuto de carnes y que vivía con su única hija, Carmen. En su juventud, había sido un pequeño hacendado, dedicado a la siembra del tabaco en compañía de su esposa y sus cuatro hijas. Pero durante una asonada, de las tantas que se daban en esa época, una pandilla de siete indios, asaltaron su hacienda, redujeron a la impotencia a don Terencio, lo amarraron, y después de violar, en su presencia a su mujer y tres de sus hijas, las asesinaron.

Salvándose nada más la menor Carmen, que entonces contaba tres años y él, a quienes los maleantes malhirieron dejándolo por muerto.

Repuesto de sus heridas, y dejando a su única hija sobreviviente con unos parientes, don Terencio rastreó y localizó a cinco de los criminales, los que fueron fusilados.

Logrando escapar dos de ellos hacia Honduras, hasta donde les persiguió don Terencio, y en Comayagüela, antiguo reducto indígena, les halló; dándoles muerte, pero no sin resultar herido él mismo por los alguaciles, quienes le persiguieron por las estrechas callejuelas de la Villa de Tegucigalpa.

Malherido y perdido, se escondió en el patio de una antañona vivienda, donde fue encontrado sin sentido, por un jovencito llamado Francisco, que alarmado le contó a sus padres doña Guadalupe y Eusebio Morazán.

Movidos por su espíritu cristiano, lo curaron y alojaron mientras fue necesario. Cuando conocieron su historia, lo ayudaron a regresar a su tierra. De ahí, el origen de la fuerte amistad del Coronel Ordoñez y mi General.

Una tarde, después de la cena, nos reunimos los tres en un espacioso galpon.

—Francisco, esta noche nos reuniremos aquí. Nuestros invitados serán hombres que me sirvieron lealmente en la última campaña contra Arguello. Sé que me son leales, pero creo que eres tú quien debe hablarles y ganar su lealtad y respeto —dijo el Coronel.— Al fin y al cabo si tú serás el líder, deberán seguirte. Porque creen en tí, y en lo que tú defiendes. ¿Estás dispuesto?

—Si don Terencio —contestó sin vacilar el General Morazán.

Entrada la noche, empezaron a llegar en grupos de tres o cuatro hombres, de diversa extracción social, quienes eran recibidos por el Coronel Ordoñez, y conducidos por su hija

Carmen al galpón. Pronto, hubo una veintena de invitados, quienes conversaban en voz baja a la luz de unas teas resinosas.

Una hora más tarde, hizo su entrada el General Morazán. Vestía una larga levita militar, abotonada rigurosamente hasta el cuello y de color negro, lo que acentuaba la pálidez del rostro. Muy serio subió a una tarima improvisada y después de unos instantes de silencio, dijo:

—Amigos y hermanos, durante varios días he estado pensando en como dirigirme a ustedes; en como debo plantear el objeto de mi visita a esta tierra generosa. Y a decir verdad, todavía no lo sé.

Al oír aquellas palabras iniciales muchos rieron, lo que contribuyó a suavizar la tensión.

—Para nadie es un secreto, que la reciente llama de la libertad, que se acaba de encender en nuestra amada Centroamérica, quiere ser sofocada por hombres ambiciosos y sin escrúpulos; que hacen todo lo posible, por regresar a nuestros pueblos al oscurantismo anterior.

Ignorando estos hombres, que las ideas de Libertad, Igualdad y Fraternidad, resuenan cada vez más fuerte en el orbe, como campanadas que despiertan en el corazón de todos los hombres, nuevas esperanzas; frente al abuso y despotismo, de quienes escudados en la sagrada misión de conducir a los pueblos, pretenden torcer la soberana voluntad de quienes los eligieron.

Es una ironía singular, que muchos de los que se comprometieron, el 15 de Septiembre de 1821 en el Palacio de los Capitanes de Guatemala, a cumplir con las resoluciones del Acta de Independencia, continuen conspirando para destruir lo que ellos juraron defender. Irrespetando así, no solo su palabra de honor, si es que tienen, si no la voluntad soberana del pueblo.

Y esto no lo digo de oídas. Porque yo estaba presente la tarde del 28 de Septiembre del mismo año, en la Sala del Ayuntamiento de mi nativa Villa de Tegucigalpa, cuando llegaron los llamados Pliegos de la Independencia, y que ya había sido proclamada por Don Jose Tinoco de Contreras, Gobernador de Comayagua, juntamente con las autoridades civiles y eclesiásticas que conformaban su gobierno.

Y todavía recuerdo mejor, como si lo llevara grabado a fuego, el solemne juramento que hicimos todos de: “jurar la Independencia, de contribuir a ella, por cuantos medios estuvieran a nuestro alcance, hasta sacrificar vidas y haciendas, a conservar el orden público y unir votos con los del pueblo y autoridades de Guatemala”

Depositamos nuestra confianza en hombres que creímos patriotas. Pero, que en un gesto de supremo menosprecio, a nuestra capacidad de personas inteligentes y juiciosas, lo primero que promovieron, fué la anexion de la Patria Grande, al régimen imperial de Agustín de Iturbide. De nada valieron nuestras encendidas protestas, y ante la viril rebelión de nuestros hermanos salvadoreños, permitieron que fueran violentamente sofocados por la superioridad numérica del ejército mejicano, comandado por el tristemente célebre, General Vicente Filísola.

Con la caída de Iturbide en México y la subsiguiente salida intempestiva de Filísola de El Salvador, se reúne en Guatemala la Primera Asamblea Nacional Constituyente, en junio de 1823, con representantes de Guatemala, Honduras, Nicaragua, El Salvador y Costa Rica, quienes evaluaron el terrible daño causado por la Junta Provisional Consultiva y el Brigadier Don Gabino Gainza, autores de la humillante anexión.

Decidiendo el 01 de julio de 1823, “Que las provincias que habían formado la Capitanía General de Guatemala, eran de ahí en adelante, libres e independientes de España, así como de cualquiera otra nación, tanto del antiguo como del nuevo mundo, y que en adelante se llamarían Provincias Unidas del Centro de América.”

En Honduras, respetando todo lo acordado, empezamos por nombrar diputados a nuestro primer Congreso Nacional, eligiendo 11 diputados propietarios y 8 suplentes. Una vez electos estos, se reunieron en Comayagua, en donde dispusieron que el Congreso se instalaría formalmente en Cedros.

Inaugurándose en esa ciudad el 29 de agosto de 1824. Siendo su primera disposición la elección de un Jefe de Estado, recayendo tan honroso nombramiento en Don Dionisio de Herrera, y de Vice Jefe en el Coronel José Justo Milla, ambos por un período de cuatro años.

Toda nuestra ambición era crecer, dentro del clima democrático de nuestra propia autonomía, pero nuevamente, surgieron las ambiciones de hombres, que pretenden sojuzgar y decidir por el pueblo, ignorando prepotentemente su voluntad. Y así, el General Manuel José Arce, tiránico gobernante de Guatemala, con la complicidad cobarde y artera del Coronel José Justo Milla, derrocaron el naciente gobierno independiente de mi país.

Pretendiendo establecer una odiosa anarquía, circunstancia triste, que me ha obligado a tocar las puertas de un pueblo valiente como el suyo, para pedir su ayuda y devolver a mi pueblo su propio respeto y derecho.

Porque si no, ¿Qué vamos a hacer? ¿Hacia donde volveremos nuestros ojos para salvar el porvenir de nuestros pueblos?

Sólo hacia nosotros mismos, a nuestros hermanos, a la juventud.

A los ancianos, no. Ellos ya dieron todo, no tienen nada.

Además, son hechura de otras épocas, que hoy se pierden en las sombras del tiempo.

Pero no puedo menos que conmoverme al mirar a los niños, con su incesante actividad, alegría y falta de temor al futuro, y que hoy se entregan a sus inocentes diversiones, confiados en que sus mayores les heredaremos un mundo mejor. Ciertamente es, que vivimos tiempos peligrosos, sin embargo, hay tiempo y esperanza, si nos armamos de paciencia para enseñar a la juventud el valor de la libertad y el valor para defenderla.

Porque estoy seguro, plenamente convencido, de que llegará el día en que la lealtad, la paz, el respeto al prójimo, a la justicia y a la libertad, harán posible que las generaciones jóvenes que vienen, vivan serenas, apartadas para siempre de estos tiempos atroces que nos ha tocado vivir.

Pero mientras llega ese día, no hay que flaquear, ni cansarse, ni desesperarse y mantenernos unidos, como los dedos de esta mano, que lo mismo acaricia, que se convierte en puño, para defendernos.

He venido a pedir su ayuda; para que se me unan a salvar mi Patria. Y a recordarles, que hoy es mi tierra. Mañana; puede ser la tuya.”

Calló el General. Y durante unos instantes, contempló los rostros inexpresivos de aquellos hombres endurecidos. Luego, en medio de un profundo silencio, descendió de la improvisada tarima, y caminando erguido se dirigió al frente de la compacta concurrencia, que se apartó respetuosamente para dejarle libre el paso.

De pronto, y a una sola voz, se elevó un grito estruendoso:

—¡Viva el General Morazán!

LA ESTRATEGIA

Dos días después, una fuerza de unos 135 hombres entre jefes y soldados, salieron con rumbo a Honduras, comandada por el Coronel Ordoñez.

El General y yo, nos encaminamos a El Salvador, cuyo gobierno nos facilitó una columna. En Choluteca, nos agrupamos con las fuerzas nicaragüenses y formamos una considerable división.

La noticia del regreso del General se esparció con notoria rapidez, creando un clima de expectación. Sin embargo, todos los días se nos unía más gente, particularmente comayagüenses, que agraviados, ardían de deseos por vengar el ultraje inferido por el traidor Milla.

Todos sabíamos que el encuentro entre el Coronel Milla y el General Morazán era inminente solo era cuestión de tiempo.

Informes traídos por vecinos de Comayagua le comunicaban que el Coronel Milla se aprestaba a combatirlo, y que incluso afirmaba, que colgaría al General Morazán de la torre mayor de la Catedral de esa ciudad, para escarmiento de la “escoria morazanista”

Durante varios días marchamos rumbo al Norte, hasta que el 10 de noviembre de 1827, acampamos en las cercanías de la aldea de Sabanagrande, lo cual significó un descanso muy merecido.

Al caer la noche, empecé a hacer mi ronda acostumbrada para ver si todo marchaba bien. Por todas partes, y en los alrededores del pequeño poblado, se veían fogatas, donde grupos de hombres conversaban tranquilamente.

Cuando salió la luna, y en compañía de un Cabo, empezamos a reconocer el campo. Era una noche cálida, aromada por el humo de las fogatas y matizadas por el ronroneo musical de las distantes guitarras.

Al llegar a una pequeña loma, desmontamos y oteamos el horizonte. Frente a nosotros, y a poca distancia, se veía el valle de la Trinidad, donde la luna teñía de plata y azul los inanimados pastizales que nos rodeaban. Era una noche mágica.

De pronto parpadeé. Acababa de ver un jinete en miniatura que se aproximaba. En silencio lo señale al cabo, escondimos los caballos y con las armas preparadas, nos ocultamos entre unos matorrales.

—¡Prepará tu rifle, pero no disparés!— le ordené en voz baja.

Nos ubicamos cerca del camino por donde ya se escuchaba el golpetear de los cascos del caballo.

Unos minutos después, lo tuvimos claramente a la vista. Iba envuelto en una capa negra e indudablemente llevaba prisa.

Al tenerlo cerca le grité:

—¡Alto, o disparo!

El jinete refrenó su montura de inmediato, y buscó a quién le hablaba, diciendo:

—¡Por favor, nos dispare! Soy hombre de paz...

Hice señas al soldado que me acompañaba, quién se irguió lentamente del arbusto donde se ocultaba, y sin dejar de apuntar al hombre, dijo:

—Bajese muy despacito de ese animal, y no haga ni un mate*, porque lo tiro.

—Esta bien— contestó el hombre y con lentitud, descendió y levantó los brazos.

Me acerqué despacio por detrás, encañonándole con mi pistola, y le pregunté:

—¿Quién es usted? ¿Y que hace por aquí a estas horas?

Y girando despacio la cabeza, dijo:

—Soy el doctor Luis de Rivera y busco al...General Morazán.

Le contemplé unos instantes, y plantandome frente a él, ordené a mi subordinado:

—Regístralo bien y mirá a ver si viene armado.

Así lo hizo, despojándolo de una pistola, escoltándolo a continuación hasta la presencia del General Morazán.

Este, se hallaba reunido con varios de sus oficiales entre los cuales recuerdo a los Coroneles Remigio Díaz, Román Valladares, y Ramón Pacheco.

Informado de lo sucedido; el hombre que decía ser el Dr. Luis de Rivera, le entregó una carta que traía de su amigo José Trinidad Cabañas.

A medida que la leía, puede notar que la carta entrañaba importantes noticias. Y no me equivoqué.

—Señores —dijo enfrentando a sus oficiales— Mi buen amigo, el joven José Trinidad Cabañas, me comunica que con un grupo de 25 hombres viene a unirse hoy. Pero lo más importante, es que me informa, que el enemigo se halla acampado en las afueras de el Jicaró...a pocos kilómetros de aquí.

Al oír estas palabras, todos se pusieron de pie, con diferentes exclamaciones de sorpresa.

*gesto, o movimiento

—Tranquilos, señores, tranquilos —recomendó el General— Debemos planificar y ejecutar ahora, o perderemos el factor sorpresa.

—¿El factor sorpresa? —pregunto el Coronel Pacheco.

—Así es Coronel, mi amigo Trinidad también me informa, que sorprendieron y apresaron a una avanzada de tres hombres, quienes fueron “persuadidos” a hablar. El Coronel Milla cree que estamos en Pespire agrupándonos.

Entonces se volvió al Dr. de Rivera y le dijo:

—Amigo, le agradezco profundamente estas magníficas noticias, y lamento tener que abusar de su tiempo otra vez, pero... ¿Llevaría mi respuesta a José Trinidad ahora mismo?

—Con muchísimo gusto, General —contestó.

—Muchas gracias, doctor y mirando fijamente a sus oficiales les dijo:

—Señores, la hora ha sonado. Ud. Coronel Pacheco, llevará los 135 nicaraguenses junto con el Coronel Ordoñez; tomarán posiciones y atacarán por el frente.

Mientras que usted, Coronel Díaz, con 150 efectivos siga el camino hasta la quebrada de Sicatacare, continuando aguas arriba hasta encontrar el camino real que viene de Ojojona. Ahí esperará, hasta oír las descargas de fusilería del Coronel Pacheco. Entonces, atacará por la retaguardia del enemigo.

El Coronel Valladares y yo, al estar iniciado el combate, atacaremos por el flanco derecho y por el izquierdo lo hará el Sargento Mayor Horacio Martínez. Eso es todo. Y buena suerte.

De pronto se alzó una voz:

—General, perdone mi curiosidad, ¿Su amigo Cabañas no le informa cuantos hombres tiene el Coronel Milla?

El General Morazán buscó al que le hablaba y contestó:

—Pues.... Sí, Capitán Lozano, tiene un ejército calculado conservadoramente en 1150 hombres muy bien armados y pertrechados para una campaña de tres meses. Y nosotros por se le interesa, alrededor de 475 hombres y provisiones para dos días. ¿Satisfecho, Capitán?

—Mas que satisfecho —contestó sonriendo su interlocutor—Porque así nos gusta a nosotros, tres a uno.

Reímos todos y saludando al General, salimos aprisa a cumplir sus órdenes.

LA BATALLA...

Se oyó cantar un gallo, allá a los lejos. Desde donde estaba, podía mirar hacia abajo al dormido campamento de Milla, que con su gran cantidad de fogatas amarillentas semejaba una pléyade de estrellas en un firmamento oscuro.

Nos había tomado dos horas, a marchas forzadas, llegar a ocupar el lugar que el General Morazán nos asignara.

Durante una larga hora, permanecimos en silencio, sumidos en nuestros sombríos pensamientos. Desde abajo nos llegaban los ruidos de los caballos despiertos.

Sentía un temor frío, tan frío y lacerante como la frialdad de aquella madrugada. Y recordaba cuando una vez pregunté al General, si alguna vez había tenido miedo, y él me respondió:

“Siempre. Porque el miedo es una emoción humana, y la verdadera medida del valor, es hacer lo que tenemos que hacer, pese al miedo que tengamos”

Pero en medio de mi temor, había también orgullo. El orgullo de saber que el General Morazán me había confiado sin vacilar la primera misión militar de mi vida. Repentinamente, me sorprendió el sonido de disparos, gritos y clarines. ¡El Coronel Pacheco atacaba!

Con el corazón latiendo apresuradamente dentro del pecho y empuñando fuertemente mi fusil, miraba el desarrollo de la batalla.

Desde mi ventajosa posición, podía apreciar el desorden y confusión de las tropas millistas, que trataban de reagruparse.

Sin previo aviso, el estruendo de las detonaciones, aumentó.

Aumentando más aún la confusión del sorprendido ejército.

¡Por la retaguardia, atacaba el Coronel Díaz!

Los caballos corrían sin control, relinchando de terror, mientras que el aire se llenaba de gritos y blasfemias, del olor acre de la pólvora, del ruido ensordecedor de los disparos y el retintín de sables y machetes.

Pronto, el combate se tornó muy reñido al reorganizarse y contraatacar algunas columnas del General Milla, quienes haciendo gala de su superioridad numérica, pretendían romper el asedio de las tropas morazanistas.

Pero los atacantes, al gozar de posiciones protegidas, hacían fuego a discreción, lo que causaba graves daños a las mencionadas columnas, que en medio del fragor de las detonaciones de rifles y pistolas trataban de animarse con gritos de aliento.

De pronto, y en lo más recio del combate, nuevas detonaciones de fusilería, alarmaron más aún, a los hombres de Milla, especialmente a las tropas que, en el centro y en formación

cerrada, de cinco filas una detrás de otra, se aprestaban para una ofensiva masiva, con el respaldo de los cañones que empezaban a cargar.

Un sol temprano brillaba sobre los cañones pardos de los fusiles y despedían destellos las bayonetas. ¡Por el flanco derecho atacaba el General Morazán!

Montaba un caballo negro, revoloteando su sable al viento y hasta mí llegaban sus gritos de batalla.

¡Dios mio, que espectáculo! Avanzaba sin miedo, repartiendo tajos a izquierda y derecha, jineteando con habilidad el gran ruano que montaba y que el llamaba “Lucero”, las balas silbaban a su alrededor, pero nada lo detenía, era como una ciega fuerza de la naturaleza. Creeme, Poeta, aunque viva mil años, jamás olvidaré ese día.

Como un muro que se derrumba, ante la fuerza impetuosa de la corriente, las fuerzas enemigas empezaron a ceder, y las fuerzas morazanistas enardecidas, empezaron la carga con bayoneta calada.

Y olvidando mi temor e inflamado de valor, iniciamos el ataque.

Mis hombres y yo, bajamos a la carrera, gritando, aullando y dando vivas al General Morazán.

Ante aquella nueva carga y el ruido ensordecedor de la batalla, los millistas se desmoralizaron, tirando sus armas y emprendiendo veloz carrera al cerro de la Trinidad, en franca desbandada.

Otros grupos del ejército invasor huyeron en dirección a Santa Ana y Ojojona, en donde fueron copados por el Teniente José Antonio Marquez.

Ante su inminente captura, y la furia del enemigo, el Coronel Milla se aterrorizó, y sin pensarlo dos veces, cambió su entorchado uniforme del General, por el de un humilde soldado y emprendió la fuga a la Villa de Tegucigalpa.

Como a las tres de la tarde la batalla concluyó. Ahí capturó el General Morazán gran cantidad de armas y la correspondencia oficial de Milla, así como pertrechos y alimentos.

Ese mismo día, envió un correo personal a Tegucigalpa informando de su victoria y su arribo victorioso a la ciudad.

LA VUELTA AL HOGAR....

Al día siguiente de la batalla de la Trinidad, emprendimos la marcha a la Villa de Tegucigalpa. Para un pueblerino como yo, la primera visita a la populosa Villa resultò todo un acontecimiento. La ciudad, pese a su topografía irregular, es una ciudad hermosísima, con un clima más que templado, rodeada de cerros perennemente verdes, de estrechas callejuelas empedradas, y apenas iluminadas por faroles, que le dan durante la noche un aspecto irreal, romántico y misterioso.

Tiene muchos edificios elegantes, la mayoría de dos plantas y residencias entapiadas, adornadas con patios y frondosos jardines.

Destaca entre tanta belleza, las líneas estilizadas de la Catedral, cuya construcción terminó en 1782, gracias a la generosidad de un religioso cuyo nombre no recuerdo.

Pero lo que me dejó con la boca abierta, fue ver que tienen la Santísima Custodia, que es de oro puro, encerrada dentro de una especie de granada de plata, que se abre y se cierra, mediante un dispositivo secreto.

Ya te puedes imaginar, Poeta, que espectáculo es verla abrirse y cerrarse sola, como por obra de magia. Te aseguro que impresiona.

La iglesia está situada en el centro del poblado. En la llamada Plaza Central, por cierto a muy corta distancia de la casa del General Morazán. También conocí la plaza del mercado, que está ubicada al otro lado de un caudaloso río que divide la ciudad en dos partes. Tegucigalpa propiamente dicha y Comayaguela, una antigua aldea indígena.

Pues como te decía, fui a conocer el mercado y me dejó admirado su tamaño, bullicio y actividad que empieza a reinar desde muy temprano de la mañana.

Es un lugar de intenso comercio. Allí se vende toda clase de frutas, verduras, carnes, aves, granos, ropas, zapatos, muebles, panes, tortillas, rapadura, batidos, leche, en fin, lo que tú quieras.

Y es que en Tegus. Como la llaman los de allá, el comercio es la actividad principal. Me decía el General Morazán, que se puede decir que el intercambio mercantil de la ciudad, representa el de toda el país.

Por ejemplo, el oro, la plata, el cobre y otros metales que se obtienen de las diferentes minas, son llevados ahí y vendidos en bruto o cambiados por productos elaborados. Por allí pasan los metales, cueros, maderas, tabaco, zarzaparrilla, bálsamos, cauchos, tintes, etcétera, que son enviados al exterior por un puerto ubicado en la costa oriental.

Y de las tiendas y almacenes, para que te cuento, ahí encuentras de todo, telas, percales, ropa blanca, vestidos hechos, instrumentos de labranza, pianos, guitarras, mandolinas, tambores, trompetas, machetes, escopetas, plomo, pólvora, adornos de porcelana, cuentas de vidrio, tijeras, cuchillos, juegos de cubiertos de plata, alambre, vajillas, manteles, ropa de cama, seda, cera, papel, tintas, vinos y licores de toda clase, cerveza, espejos, jamones, aceites, fruta seca, galletas, sal, medicinas, artículos de cuero, vidrio, hierro, lana etcétera. Y todo traído de España, Estados Unidos del Norte, e Inglaterra.

Me llamo mucho la atención, la gran cantidad de personas que se dedican al transporte en carretas y a lomo de mula, no sólo dentro de la Villa y alrededores, si no hasta los puertos de Omoa y Trujillo.

Lo que obedece, según me explicó el General, a que la mayoría de los productos que vienen de Inglaterra y otros países, entran por esos puertos y son transportados a lomo de mula, trayendo cada uno de estos animales hasta 12 arrobas.

Generalmente, demoran un mes en ir, y otro en venir, pero se puede ganar hasta ¡Once dólares americanos por bestia! Ya te puedes imaginar lo que producen una recua de treinta o más mulas.

—Y, ¿Conociste a la esposa del General Morazán? —interrumpí.

—¡Claro que sí! El día que llegamos, el General insistió en que me quedara en su casa, y yo acepté agradecido.

El General me presentó como su amigo y colaborador, por lo que se me dispensó una acogida muy cordial.

Doña María Josefa Lastiri de Morazán tiene ojos y pelo color castaño, boca generosa pero con aire de firmeza. Su piel tiene el lustre y color saludable, de quien pasa mucho al tiempo al aire libre.

Vestía con sencillez, no exenta de elegancia, y se notaba a simple vista el amor profundo que siente por su esposo y su hijo Francisco.

Mientras permanecimos en la ciudad, el General observaba una rutina invariable; por la mañana, visitaba la Casa de Gobierno, donde pasaba reunido con las personas más importantes de la ciudad, por la tarde; después del almuerzo, atendía sus negocios particulares, y por la noche después de la cena, conversábamos tranquilamente en familia, o escuchábamos música interpretada al piano por doña María Josefa.

Pero la tranquilidad del hogar, no parecía hecha para ser disfrutada por el General; pronto anunció que partiríamos todos para Comayagua, pues asuntos importantes de estado reclamaban su atención personal.

Esa misma noche, se hicieron presentes en la casa, los Coroneles Díaz y Pacheco, a quienes el General encomendó sendas misiones.

Al primero, que con 200 hombres protegiera San Pedro Sula y terminara de echar los restos del ejército de Milla, que se hallaban fortificados en el Castillo de San Fernando de Omoa.

Y al segundo, que con igual número de efectivos, pusiera orden en el Departamento de Gracias, marchando enseguida a El Salvador, que se hallaba invadido por tropas conservadoras.

Mientras él por su parte, y en compañía del Coronel Osejo, se dirigiría a la capital Comayagua, a fin de reorganizar el Gobierno y reclutar algunos hombres para ayudar a los salvadoreños.

A mí se me encomendó, escoltar a la familia del General y reunirnos con él en Comayagua.

Por decisión unánime del Consejo que gobernaba interinamente el país, y reunido a instancias del General Morazán, se le nombró Presidente del Poder Ejecutivo, con amplios poderes. Ejecutando de inmediato, medidas tendientes a sanear las rentas estatales.

Pero la derrota del Coronel Milla, había estremecido los andamiajes de los llamados conservadores; por lo que se reiniciaron, con mayor virulencia, las hostilidades contra el General Morazán. Destacándose los desmanes cometidos contra la población civil, por el Coronel Vicente Domínguez, quién después de derrotar la avanzada hondureña, comandada por el Coronel Pacheco, se apoderó del Departamento de San Miguel, en El Salvador donde permitió todo género de tropelías.

Más tarde y en otro claro abuso de poder, secuestró del buque que lo conducía a Chile, al General Merino; que ya retirado, se dirigía a Guayaquil desde el puerto de la Unión. Conducido a la ciudad de San Miguel, fué fusilado sin ningún trámite legal.

Al tener conocimiento, el General Morazán, de lo anterior, dispuso dejar el poder en buenas manos y encabezar personalmente, el mando de las fuerzas para enfrentar a Domínguez.

Estableció su cuartel General en Texiguat, donde se enrolaron muchos de los temibles “indios texiguat”, que solían pelear descalzos y sin camisa, armados únicamente de un filoso y largo machete llamado “guarizama”

En Choluteca, nos reunimos con lo que quedaba de las derrotadas fuerzas de avanzada del Coronel Pacheco, y marchamos con 600 hombres rumbo a San Miguel.

LA COMPASIÓN DE UN SOLDADO

Marchamos sin ningún contratiempo hasta llegar a un pueblo llamado Lolotique, en donde esperaríamos los refuerzos prometidos desde San Salvador.

Durante todo el trayecto, habíamos visto a las avanzadas del Coronel Domínguez, quién intentó frenar nuestro avance, invocando hipócritamente el respeto a tratados y a la caballeridad de jefes y oficiales, y proponiendo como último recurso, un pacto de caballeros, entre él y el General Morazán.

A lo que respondió el General, que el único pacto que firmaría lo traía en la punta de su espada, y que lo rubricaría con la sangre de Domínguez en el campo de batalla.

Cuando acampamos en Lolotique, el Coronel Domínguez, lo hizo en Chinameca, a una legua de distancia.

A la mañana siguiente, el General me mandó a llamar.

—Sargento, quiero que coloques puestos de avanzada en todos los lugares de acceso aquí. Y que por cada tres novatos, coloques un veterano.

—A la orden, mi General —contesté y marché de inmediato a cumplir sus órdenes. Estabamos acampados en una pequeña meseta con pequeños, pero agrestes desfiladeros, y un arroyo cercano con escasa vegetación.

Al otro lado de un profundo barranco, el poblado de Lolotique, que desde nuestra llegada permanecía abandonado.

Dada nuestra posición de precaria ventaja, se permitió a la tropa un descanso más amplio, pero incrementando la vigilancia en nuestras posiciones de avanzada. Descanso que nuestros hombres aprovechaban durante el día para lavar la ropa, bañarse en el arroyo cercano o entretener sus ocios con interminables partidas de naipes. Pero durante la noche, la situación cambiaba. Desde el segundo día, Domínguez hizo varias tentativas nocturnas para romper nuestro perímetro defensivo, pero sin lograrlo nunca. Y así, noche tras noche, durante largos días.

Por órdenes estrictas del General Morazán, nosotros sólo debíamos limitarnos a rechazar los ataques, y en ningún momento a tomar la ofensiva.

Esta situación, tenía nerviosos a oficiales y soldados, que al indagar la razón de no atacar de una vez, recibieron como respuesta: “Paciencia, todo le llega al que sabe esperar”

A partir de la quinta noche, las tropas de Domínguez comenzaron a mostrarse descaradamente y a insultarnos llamandonos “mariquitas” cobardes, desafiándonos a que bajáramos a “darnos verga”. En las dos noches subsiguientes, los desafíos fueron más ofensivos, llegando al insulto supremo de llamarnos “Morazanista hijos de la gran puta”

Esa misma noche, los enardecidos oficiales del General Morazán, pidieron su permiso para atacar y vengar las ofensas.

El General escuchó pacientemente a todos, y después de un momento de reflexión, dijo:
—Señores, les comprendo perfectamente bien. Sé como se sienten. Pero deben comprender que el enemigo nos supera en número, y que lo único que buscan es desesperarnos, y ya que no pueden echarnos bala, nos insultan. Pero tampoco es bueno, dejarnos ofender impunemente. Así que mañana les daremos un buen susto.
Al día siguiente, corrían muchos rumores, que iban desde una ofensiva general hasta una vergonzosa rendición. Casi al término de la tarde, el General se reunió con alrededor de 75 indios texiguats, a los que envió, con las primeras sombras de la noche, en grupos de cinco en cinco, al vallecito de abajo.

La noche era oscura. Iluminada de vez en cuando, por relámpagos lejanos como preludeo de una noche tormentosa. El General, ordenó que no se encendiera ninguna fogata, y que todos estuvieramos con las armas preparadas y pendientes de las órdenes de nuestros oficiales.

Durante más de dos horas, permanecimos en silencio, en total oscuridad y escuchando el gemir del viento. Abajo no se miraba nada, parecía que la noche, se había tragado a los valientes indios.

De pronto, vimos el reflejo de antorchas, que como una serpiente luminosa se encaminaba al pequeño valle. ¡Era el enemigo!

Minutos más tarde, que se nos hicieron horas, acamparon desenfadadamente alrededor de un centenar de hombres, entre jefes y soldados.

Colocaron unas teas resinosas en lugares estratégicos, y en el centro instalaron un pequeño dosel. En una mesa portátil colocaron viandas y licores, y en torno a ella, pequeños taburetes; y con la mayor frescura del mundo los oficiales se dispusieron a cenar.

Mientras los soldados, puestos en semicírculo, encendieron pequeñas fogatas donde asaban pequeños cerdos, gallinas y hacían circular botellas de ron.

Pronto comenzaron los insultos, a cual más ofensivos y así siguieron por mucho tiempo, hasta que se cansaron. Y levantando el improvisado campamento iniciaron el regreso.

Yo estaba junto al General y sus oficiales observando al enemigo, cuando me ordenó:

—Ahora, enciende la tea, y has la señal.

Obedecí inmediatamente y la agité con ambas manos, como me había instruido previamente.

Y con un griterío espantoso, saltaron de diversos escondites, decenas de indios texiguat, que con sus filosos machetes iniciaron una terrible carnicería entre los sorprendidos soldados.

Entonces el General Morazán, se volvió a sus oficiales y les ordenó:

—Señores, fuego a discreción

En medio de la terrible oscuridad, iluminada por instantes por la lividez de los relámpagos y los fogonazos de las armas cortas, pronto se evidenció el fatal desenlace para la avanzada de Domínguez. Era un espectáculo alucinante.

Fascinado, vi como un oficial hacía una complicada serie de fintas y filigranas con la espada, mientras caminaba como un ciego, cayó dos o tres veces, y al final, no volvió a levantarse más.

Al cabo de un rato, se hizo más tenue el fragor de los disparos, cesando poco a poco los gritos y alaridos. Quedando atrás la sinfonía de la muerte.

A la mañana siguiente, una pesada capa de niebla cubría como mortaja mortuoria, el pequeño valle, que envuelto en el más absoluto silencio, presenciaba como un pequeño grupo de hombres descendía para enterrar a los muertos, mientras otro grupo vigilaba.

Desde el punto de vista militar había sido una victoria total, aplastante, porque ninguno de los soldados enemigos escapó con vida. Desde el punto de vista humano, era una carnicería horrenda. Con aquel montón de cuerpos despedazados y en las más inverosímiles posiciones.

De pronto, vimos un jinete de los nuestros, acercándose a galope tendido y subir cuesta arriba hasta desmontar de un salto frente a la tienda de mando.

—¡General! General Morazán!—gritó— ¡Un mensaje urgente!

Salió el General de la tienda, seguido de dos oficiales.

—¿Que pasa? ¿Cual es el alboroto?

El hombre se cuadró militarmente, y dijo:

—Dos hombres vienen a caballo, trayendo una bandera blanca. Vienen desarmados y quieren hablar con usted a solas.

—¿Y donde están? —preguntó el General.

—Abajo señor, al otro lado de ese bosquecito de abedules. Fueron interceptados por la patrulla de vigilancia que protege a los enterradores.

El General quedó pensativo unos instantes. Mientras los oficiales le decían que seguramente era una trampa.

—Tal vez —dijo al fin el General— Pero no puedo dejar de ir. Se volvió hacia mí y me ordenó:

—Sargento, ven conmigo. Vamos a ver de qué se trata.

—¡Pero General, usted no puede ir solo! Que lo acompañe un destacamento bien armado
—protestó el Coronel Díaz.

—No Coronel, si se han atrevido a venir desarmados hasta aquí, es porque el motivo es poderoso. Y yo quiero conocerlo. Además si voy con tropa dirán que tuve miedo.

Y espoleando su caballo, emprendimos el descenso.

Pasamos lentamente a través del prado, donde el pequeño grupo de hombres cavaban una larga fosa, y otros apilaban los cadáveres. Realmente era un triste trabajo.

Después de cruzar el vallecito, atravesamos un bosquecillo de abedules y llegamos a unas peñas, donde media docena de soldados nuestros, custodiaban a dos hombres uniformados de rojo y azul.

Uno, era hombre joven, casi un muchacho, alto, de tez blanca y cabellos rubios, que lucía los galones de Subteniente, mientras que el otro era regordete, bajo de estatura y pelo gris.

Al vernos llegar, se pusieron de pie inmediatamente y nos saludaron militarmente.

El General les miró atentamente y después hacia los alrededores, luego desmontando dijo:

—Descanse joven y dígame que quiere.

—General, soy el Subteniente Vicente Villaseñor y este el Sargento José Antunez, ambos del Ejército Coservador.

El General Morazán asintió lentamente y esperó.

El joven aspiró profundamente y se revolvió inquieto.

—Yo.... —empezó a decir, tragó saliva, y volvió a repetir—Yo....Yo...quisiera saber....si hay....sobrevivientes...

El General volvió a asentir y contestó lentamente:

—Y que le hace pensar, que yo estoy aquí para decírselo.

—Señor...General...yo... —balbuceó, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas, e inclinando la cabeza las secó de un manotazo.

—Perdone General mi....debilidad —dijo el muchacho al tiempo que se erguía.

—No veo nada que perdonar—repuso el General— Lo único que veo, es que usted es muy valiente, al venir solo acompañado de un Sargento hasta aquí; y no me ha dicho la razón.

—Mi padre...el Mayor Antonio Villaseñor, agregado militar costarricense, encabezó la patrulla de...anoche. Y quisiera su permiso para llevármelo, si está muerto. O...si está vivo...prisionero...

—¿Si? —dijo el General— ¿Que quisiera, si está...prisionero?

—Canjearme por él General. Que lo deje libre y me retenga a mí.
Por primera vez ví, que un asomo de sorpresa, cruzó el rostro del General Morazán. Y suspirando, enlazó sus manos por detrás, y dio unos pasos, con la cabeza inclinada, meditando.

Después alzó la cabeza y preguntó:

—¿Esta usted aquí con la aprobación de sus superiores? ¿Ellos le enviaron?

—No señor. De ninguna manera. Me escapé hoy muy temprano... En medio de la confusión creada, al ver que la patrulla no volvía. El Sargento que me acompaña es un amigo de mi infancia.

—Entiendo— dijo el General y después de una pausa agregó:

—Como comprendera, no puedo permitirle el paso. Pero regrese esta noche y veré que puedo hacer. Quiero su palabra de honor de que vendrá solo.

El Subteniente Villaseñor sostuvo la mirada firme del General Morazán, y contestó:

—Tiene usted mi palabra señor. Lo juro ante Dios. Aquí estaré esta noche solo.

—Entonces, hasta la noche.

Y montando su caballo el General se alejó.

Ordené a los guardias que les devolvieran sus caballos y se marcharon al galope.

Alcancé al General y puse mi caballo al trote del suyo.

—General, ¿Porqué le dijo a ese muchacho loco, que volviera esta noche?

El General Morazán detuvo su caballo y me contestó:

—Porque buscaremos el cuerpo de su padre y se lo devolveremos. Un intento como el que hizo ese muchacho no debe quedar en vano. Y tienes toda la razón, está loco. Pero con la locura divina que solo la juventud valiente puede tener. Después, nos hacemos viejos y pecamos de exceso de precaucion. Y arriando su caballo se dirigió al valle.

Casi al final de la tarde, hallamos el cuerpo del que fuera el Mayor Antonio Villaseñor. Fué reconocido por su uniforme entorchado y su gran parecido físico con el joven Subteniente.

Estaba en el fondo de una pequeña barranca, de donde fué alzado. Con sorpresa lo reconocí como el oficial que hacia filigranas con su espada antes de caer.

El General Morazán mandó que le limpiaran el barro y le arreglaran lo mejor posible. Ordenando a continuación, la confección de un rústico cajón, que fué acolchado con los restos del dosel de seda donde se colocó el cuerpo, cubriendolo a continuación con una bandera del Ejercito Conservador que se halló en el campo.

Sobre la mesa portátil de la noche anterior se colocó el ataúd y el General ordenó, que seis hombres hicieran guardia hasta que su hijo viniera por el cuerpo.

Cercanas las diez de la noche, se avistó a dos jinetes y tres caballos. Era el Subteniente Villaseñor, el Sargento y un caballo sin jinete.

Al acercarse al lugar la más genuina sorpresa, se pintó en el rostro de los recién llegados. En el centro de un pequeño prado, en medio de cuatro largas varas clavadas en el suelo, y coronadas por teas encendidas, se hallaba el cuerpo de su padre. Circundando por una improvisada guardia de honor, que pese a la sencillez imprimía la gravedad apropiada.

Desmontaron y caminaron lentamente. En el rostro del muchacho, se veía la desolación más profunda cuando se acercó al improvisado féretro abierto. Y con infinita ternura posó su mano temblorosa en los cabellos rubios de su padre, y abatiendo su cabeza se estremeció por los sollozos.

Poco a poco, el muchacho se recobró y en medio del silencio respetuoso, cubrió con cariño el rostro del muerto.

De entre la sombras surgió la figura tranquila del General Morazán, con su cabeza descubierta y el sable del Mayor Villaseñor.

Al verle acercarse, el muchacho se cuadró.

—Lo siento mucho, muchacho. Creo que querrás conservar esto —Dijo el General, al tiempo que le tendía el sable.

—Gracias General, muchas gracias-contestó el joven y aceptando el sable, agregó:

—No esperaba...esto.

—¿Porque no? Nosotros honramos los valientes y respetamos a los muertos en batalla. Cuando estés listo, te acompañaremos parte del camino.

Y levantando su brazo, hizo una seña, para que dos milicianos, se aproximaran, con una pequeña carreta que uncieron al caballo de repuesto que los dos hombres llevaban, y subiendo el ataúd, emprendimos la marcha.

GUALCHO....

Al día siguiente, un correo procedente de El Salvador, informó al General Morazán, que el Teniente Coronel Ramírez, se aproximaba con un pequeño destacamento para ponerse bajo sus órdenes, informaba también, que la demora obedecía a las crecidas del río Lempa y a la falta de embarcaciones apropiadas para cruzarlo.

Esto, preocupó mucho al General Morazán. Pues sabía que las tropas de Domínguez acechaban en espera de una ocasión propicia, ya que ignoraban el tamaño del ejército morazanista, por lo que había optado por aguardar.

Pero el General no era hombre de esperar los acontecimientos, así que decidió precipitarlos, abandonando la relativa seguridad en que nos hallábamos y partir al encuentro de las tropas salvadoreñas, confiando en pasar desapercibido por Domínguez.

Por lo que ese mismo día, y al amparo de las sombras de la noche, emprendimos la marcha.

El día había sido lluvioso, pero al caer la tarde, se desató un fuerte aguacero, que con el correr de las horas, se volvió un verdadero diluvio.

Marchábamos en silencio, en medio de la oscuridad, titirando de frío y sumidos en sombríos pensamientos.

Alrededor de las tres de la mañana, el General mandó hacer alto, para recibir noticias de los soldados de retaguardia, quienes informaron que las tropas de Domínguez nos habían descubierto y que venían persiguiéndonos.

El General conferenció brevemente con sus oficiales, prevaleciendo la alternativa de hacernos fuertes en la Hacienda de Gualcho, situada a menos de media legua de donde estábamos.

Aquí esperaríamos a que mejorara el tiempo y quizás en mejor posición que a campo raso.

Al llegar a la Hacienda, vimos con aprensión, que estaba ubicada al pie de un desfiladero, que en forma de semicírculo, dominaba las instalaciones de la misma. Sería casi imposible defendernos allí.

Cumpliendo órdenes del General Morazán, llevé a un par de compañías de soldados bisoños y los ubiqué en las alturas que dominaban la hacienda, por ser el único lugar por donde se presentaría el enemigo.

Les ordené que se parapetarán detrás de improvisadas trincheras, y que mantuvieran la calma y el silencio.

Hacia las cinco de la mañana, el enemigo era visible a simple vista. Se hizo un murmullo entre los hombres alborotados y ansiosos. Y se aprestaron a colocar todos los cartuchos disponibles al alcance de la mano.

—Preparense y no disparen hasta oír la voz de fuego —ordené.

Las armas al ser montadas emitieron un chasquido.

Se aproximaban por la extensa planicie, desplegados como un abanico, en medio de estridentes gritos. Marchaban encorvados, con el fusil bien sujeto. Inclínada hacia delante y casi tocando el suelo, avanzaba una bandera.

El General con voz tranquila les decía:

—No malgasten las balas, muchachos... no tiren hasta que yo les diga... cuiden la munición...tranquilos, tranquilos...esperen a que esten más cerca.

Realmente estábamos en una situación comprometida. Por un lado, éramos inferior en número al enemigo. Por otro, si rompían nuestra débil línea de contención, quedaríamos a merced de las tropas de Domínguez, que nos cazarían desde las alturas como patos en una feria.

No había más que una solución. Salir a como diera lugar de la hacienda, escalar la pendiente del otro lado y salir del hoyo en que nos hallábamos.

Pero decirlo y hacerlo, eran dos cosas diferentes. El camino para subir era tortuoso y angosto, lleno de barro y nuestros hombres y animales estaban exhaustos y ateridos.

El General mandó a sus oficiales que empezaran a moverse, mientras él dirigiría la línea de defensa.

A la grisácea luz de la mañana, podíamos ver el avance lento e inexorable de las tropas de Domínguez, que en ese momento nos lucían aterradoras.

En su prisa por atraparnos, marchaban a paso redoblado y sentíamos el paso sordo de sus botas, que aumentaba a medida que se acercaban.

A un costado de una ladera, una larga fila de cañones eran empujados hacia la cima para tener una inmejorable posición de tiro de larga distancia.

Pronto el enemigo estuvo más cerca. Ya podíamos ver a los oficiales que sobre sus monturas animaban a los soldados.

—¡A la carga! —gritaban —¡A la carga!

Avanzaban con precipitación febril, seguros de alcanzar el triunfo, sin imaginar que a pocos metros les aguardaba la muerte.

Repentinamente, se alzó la voz, extrañamente clara y fuerte, del General Morazán.

—¡FUEGO!

Y 175 soldados empezaron a disparar. Con un estruendo que se hizo general. Al frente, a diestra y a siniestra.

A veces parecía amainar un tanto, pero siempre volvía con renovado estridor.

En el aire húmedo de la mañana se quedaba colgado el olor picante de la pólvora y una especie de neblina producto de la tupida tirazón.

El intercambio de disparos duró como veinte minutos. Hasta que la tropa recibió la voz de alto. El enemigo retrocedía.

La claridad del día iba en aumento, y finalmente el sol cayó en todo su esplendor sobre la planicie.

Sobre el campo, yacían retorcidos con los brazos doblados y las cabezas vueltas en contorsiones increíbles y grotescas una enorme cantidad de muertos y heridos.

Al reagruparse, las tropas de Domínguez con el auxilio de la artillería, perdieron un tiempo valioso, que aprovecharon nuestras tropas para terminar de salir de la Hacienda de Gualcho y atacar por el flanco izquierdo, arrollando con tanta empuje hasta dividir en dos el desorganizado ejército, mientras que los que estaban atrincherados cargaban por el frente.

Convencidos de que los atacaban un ejército numeroso dado el vigor del empuje, las tropas de Domínguez se dispersaron, separando oficiales de soldados, siendo copados por la retaguardia por las tropas salvadoreñas comandadas por el Teniente Coronel Ramírez que providencialmente llegaba en ese momento.

Con el General Morazán llegamos hasta el puesto de mando del ejército de Domínguez que estaba a la vera de un camino y vimos que era una masa quejumbrosa de carretas, caballos y soldados en desbandada general. Del Coronel Domínguez ni rastro.

HACIA GUATEMALA....

El 23 de Octubre de 1828, el General Morazán, hizo su entrada triunfal en San Salvador, donde fué recibido como hijo predilecto.

Durante unos meses, nos dedicamos a reorganizar el ejército, entrenarlo y prepararnos para lo que creíamos sería el golpe final para los conservadores. Atacar la ciudad de Guatemala.

Por armas y pertrechos no nos preocupábamos mucho, pues tanto la batalla de la Trinidad como la de Gualcho, nos aportaron una buena cantidad de implementos bélicos, que ahora serían usados por nuestros soldados.

Pronto, tuvimos un ejército de 2000 hombres a los que el General llamó Ejército Aliado Protector de la Ley, y entre los primeros oficiales nombrados, recuerdo a su buen amigo el joven José Trinidad Cabañas, que gracias a sus ejecutorias de soldado fiel y valiente había sido ascendido al grado de Mayor.

Relataba el General, que durante el sitio de Comayagua, el joven Cabañas, con unos pocos hombres decididos como él, encabezó una carga, rompiendo el cerco del Coronel Milla, durante el tiempo necesario para que Morazán escapara.

Y aunque después fue apresado y conducido a la Villa de Tegucigalpa, fingió una enfermedad y disfrazado de campesino, escapó definitivamente de Milla.

Pronto se hizo evidente, que el avituallamiento del nuevo ejército, se tornaba en un molesto problema; llegando en ocasiones, a subsanarse situaciones urgentes con fondos del propio bolsillo del General.

En Febrero de 1829 es nombrado por el Gobierno de El Salvador, Comandante General del Ejército e inmediatamente iniciamos la marcha sobre Guatemala.

Esta antañona ciudad, fundada por el Conquistador español, Don Pedro de Alvarado, se asienta sobre el Valle de la Ermita o de la Virgen, y fué desde entonces, el asiento de la nobleza y por lo tanto el verdadero centro del poder conservador.

Desde el régimen español, Centroamérica permanece en un nivel de atraso notorio, no obstante los tímidos intentos de algunas personas que buscan cambiar tal situación.

A pesar de la riqueza minera, agraria y pecuaria, el conquistador no se preocupó por dar al criollo, al mestizo o al indio, posibilidades de mejorar.

No fué posible, como en otros países americanos, tener imprenta, salud y educación y los únicos caminos que construyeron eran los que ocupaban para el traslado de los bienes que iban a Europa.

Y de todas las parcelas centroamericanas, en Honduras, el retraso es más que notorio. Baste decir que en la capital de la Provincia: Comayagua, solo hay un hospital fundado por los franciscanos y un colegio seminario para enseñar latín y letras.

Si alguien desea hacer estudios formales, tiene que viajar a Guatemala o México.

De ahí, se deriva el sistema político-social elitista, corrompido y venal, que solo se interesa por continuar disfrutando de sus privilegios y granjerías tradicionales.

De ahí, se deriva el odio feroz, visceral, hacia el General Francisco Morazán y a sus intentos por cambiar el sistema conservador por una democracia liberal.

Guatemala es una ciudad inexpugnable. Protegida por una triple línea de defensa. Pero pese a ello, los conservadores levantaron 2000 hombres en armas, listos para la defensa de la ciudad, y combatir a la “ chusma chuña de Morazán” que es como ellos nos llaman.

Al llegar a Ahuachapan, el General dividió sus fuerzas. Mil hombres al mando del General Prem para tomar Chiquimula, y mil hombres bajo su mando personal para atacar Guatemala.

El Coronel Domínguez, al que habíamos derrotado en Gualcho, al enterarse del avance de Prem, salió a su encuentro para detenerlo, intentándolo en un lugar llamado La Arada, de donde fué desalojado y perseguido hasta Guatatoya y puesto en fuga definitivamente.

Prem llegó hasta la Hacienda del Aceituno, donde le ordenó el General, se detuviera. Pronto, se unieron a nuestras fuerzas, un grupo de simpatizantes morazanistas, que procedentes de Antigua, venían bajo el mando del General Isidoro Saget, a ponerse bajo las órdenes del General Morazán. Estableciéndose entre los dos generales una fuerte simpatía que con el correr del tiempo se volvió una verdadera hermandad de armas.

Ante la desbandada de las tropas de Domínguez, el alto mando militar del Ejército Conservador, decidió concentrarse en la defensa de la ciudad.

Lo que determinó que el General Morazán, ordenara interrumpir el suministro de víveres y agua a la ciudad sitiada.

Encomendando esta misión, a un tal Coronel Cerda, hombre poco conocido por él y recomendado por otros, con instrucciones de tomar el pueblo de Mixco, principal abastecedor de la ciudad.

Mientras él, por su parte, tomaba con Prem la ciudad de Antigua. Restituyendo las autoridades depuestas por el General Arce y don Mariano Aycinena.

Lamentablemente, el Coronel Cerda, no cumplió las órdenes de tomar el pueblo de Mixto, él General envió al Coronel Pacheco con órdenes de tomar el pueblo y destituir a Cerda. Este último opuso resistencia, por lo que Pacheco lo capturó junto a otros sublevados, y los fusiló. Acción que motivó el disgusto del General Morazán.

Enterado, el Ejército Conservador, de la aparente disensión en el Ejército Aliado Protector de la Ley, decidió probar suerte de nuevo, saliendo de sus fortificaciones para atacarnos en Antigua.

Informado el General Morazán, de las intenciones del Ejército Conservador, salimos a su encuentro, dividiéndonos en dos divisiones, una al mando del General, y otra al del Coronel Enrique Torrelonge, a quien se le dió además un escuadrón de dragones comandado por el Teniente Coronel Corzo.

Quisó la fortuna, que fuera el Coronel Torrelonge, quien sorprendiera al Ejército enemigo y les causara graves daños con una inesperada carga de bayoneta.

Ni se habían repuesto todavía los conservadores de tan imprevisto ataque, cuando fueron nuevamente sorprendidos con una segunda embestida, esta vez por el escuadrón de dragones al mando del Teniente Coronel Corzo que terminaron de rematarlos.

Cuando llegamos con el General, la lucha había terminado, limitándonos a copar los restos del derrotado ejército conservador.

SE RINDE LA CIUDAD...

Mientras tanto en Guatemala, la situación se volvía insostenible, y el pánico se generalizaba, en medio de las más contradictorias y absurdas noticias.

La nobleza y el clero recurrían a toda clase de artimañas para desacreditar al ejército morazanista y a su líder, recurriendo incluso a la supercheria religiosa.

Se rumoraba que el General Morazán había jurado quemar la ciudad, para tomar venganza por el incendio de Comayagua.

Que sus tropas tenían instrucciones de pasar a cuchillo a todos sus moradores, sin respetar sexo, condición y edad.

Que el pillaje era la orden del día.

Y que los más refinados horrores, se reservaban para los miembros de la nobleza y el clero, pues Morazán era ateo, masón y renegado.

Don Mariano de Aycinena, decidió entonces, buscar un mediador, a fin de ganar tiempo y evitar la toma de la ciudad.

Encargando la delicada misión diplomática el General Verveer, Ministro Plenipotenciario de Holanda, quién parcializado a favor de los conservadores, trató de negociar un arreglo, el que fue rechazado por el General Morazán.

Circunstancia que obligó al gobierno Conservador a un enfrentamiento frontal definitivo.

Ibamos hacia la Hacienda de Aceituno, pero antes de llegar a las Charcas, nos enteramos que el enemigo venía en persecución nuestra, por lo el General sin perder tiempo ordenó al ejército desplazarse por todo el valle y esperar a pie firme.

Menos de dos horas después, el enemigo hizo su aparición, avanzando a galope tendido, hasta detenerse a unas mil quinientas varas de nuestras primeras líneas.

Se hizo un compás de espera.

Subitamente, y como si estuvieran de acuerdo, ambos ejércitos avanzaron, en medio de un griterío espantoso, el retumbar de los cañones, y el estruendo de la fusilería.

A través de la espesa humareda, se veían ondear banderas, y en torno a ellas, las formas borrosas y agitadas de la tropa...

Y como agua desparramada, un torbellino humano invadió los campos.

Gimiendo como espíritus maléficos, los proyectiles de los cañones caían, explotando en medio de los hombres, haciendo saltar los cuerpos y la tierra parda.

Las balas silbaban, y los sables brillaban con el fondo de los gritos, ayes, maldiciones y llanto.

A lo lejos, los pabellones se agitaban con violentas convulsiones, como barcas mecidas por aguas embravecidas.

De pronto, apareció el General Morazán. A la cabeza de una carga, y como ariete furioso, penetraba en aquel mar humano. Dispersos y arrastrados por aquella correntada de soldados, los oficiales se debatían como tóteres. Lanzaban furiosos golpes, a diestra y a siniestra, embistiendo cuanta cabeza se ponía a su alcance, maldiciendo y ordenando a gritos.

Pero el alud humano parecía sordo y ciego. Nadie prestaba atención. Era como estampida desbocada, capaz de generar una fuerza arrolladora, que arrasa con arbustos, estacas, hombres y piedras.

Hasta que al fin, un alarido recorrió la línea de combate: las oleadas del enemigo iniciaron su reflujo, quedando sobre el suelo los cuerpos de los caídos, diseminados.

El ronco bramido del fuego disminuyó, hasta quedar convertido en un último intercambio de disparos esporádicos.

El humo fue disipándose en lentos remolinos, y entonces pude ver que el enemigo iniciaba la retirada.

El Ejército Aliado Protector de la Ley, los persiguió, logrando capturar a centenares, que se rendían sin saber por qué lo hacían.

Roto el perímetro defensor de la ciudad, nuestras tropas tomaron posiciones y aseguraron las entradas, a donde nos detuvimos por ordenes del General Morazán.

Desde una pequeña loma, podía oír las campanadas de las iglesias de la ciudad, que con metálicos lamentos, anunciaban la caída de la orgullosa Guatemala.

Al día siguiente, muy temprano, el Doctor Luis de Rivera pidió hablar con el General Morazán, e informarle, que la viruela empezaba a propagarse entre nuestros hombres, por lo que era indispensable tomar medidas profilácticas.

Aquella noticia cayó como un bombazo en el Estado mayor del Ejército del General Morazán. Ordenándose de inmediato silenciar tan terrible noticia, porque si el enemigo se enteraba, podría utilizar para su propio beneficio la información.

Afortunadamente, diez días después, la ciudad se entregó sin ninguna condición.

EL GENERAL ENTRA A GUATEMALA...

El 13 de Abril de 1829, el General Francisco Morazán, entró como vencedor absoluto en la Ciudad de Guatemala.

El día anterior, junto con el Sargento Mayor Pedro Gonzales, se nos encomendó la tarea de limpiar la entrada de francotiradores y mantener el orden, pues el ambiente era caótico, lleno de rumores encontrados. Con decirte que hubo comerciantes que prefirieron regalar sus mercancías a los soldados de Aycinena, a fin de evitar que fueran robadas por la “chusma morazanista”.

Como a las diez de la mañana del día 13, el General Morazán y sus oficiales se dirigieron al Palacio del Ejecutivo, en donde aceptó en forma simbólica la espada de Don Mariano de Aycinena.

Mientras, varios de nuestros oficiales, se dispersaban por toda la ciudad para tomar posesión efectiva de garitas y cuarteles y ponían bajo custodia preventiva, a la alta oficialidad del Ejército Conservador. Igual tratamiento se dió a todos aquellos que habían promovido la guerra contra los estados independientes.

Y así, en medio de un clima decididamente hostil, fueron encarceladas algunas personalidades tales como el Presidente, Vicepresidente, el Ministro de Hacienda y Relaciones, y el Jefe de Estado, quienes fueron tratados con cortesía y retenidos con todas las comodidades posibles. Incluyendo el permiso de recibir a sus familias y amigos, en el Convento de Belén.

Esta actitud del General, generó algunas voces de protesta por parte de algunos de nuestros aliados, que consideraron el trato más que benevolente, ya que los vencidos eran culpables de llevar la muerte y destrucción a otros estados.

El General Morazán, asumió todos los poderes temporalmente, convocando al Congreso y al Senado, que habían sido disueltos, por el General Arce en 1826.

Trasladando las autoridades guatemaltecas que ya habían sido reinstaladas en Antigua, a Guatemala.

El 30 de Abril, la Asamblea de Guatemala, acordó condecorar al General Francisco Morazán, con una medalla de oro y declararlo Benemérito de la Patria.

Esta misma Asamblea, acordó también, indultar a todos los que habían tomado parte en la guerra que acababa de terminar, y a los que la habían apoyado.

Indulto que mostró la poderosa influencia que todavía poseía el Partido Conservador en la Asamblea, y que volvió a generar vivas protestas, por parte de los aliados del General Morazán, y particularmente de El Salvador, quienes pedían la muerte para los culpables.

ENEMIGOS EN LA SOMBRA...

Con la mejor de las intenciones, a pesar de las críticas acerbas de los aliados, y el ambiente hostil de sus rivales, el General empezó su gobierno.

En su pecho no cabían los rencores, ni las venganzas, ni mucho menos la malicia de los políticos corrompidos.

Procuraba encauzar su gestión por la senda de la paz y el olvido, sin detenerse a pesar, que sus poderosos enemigos eran irreconciliables con su pensamiento social.

No pudo reconocer a tiempo, las señales de oposición, que mostraron a sus objetivos, los miembros mas ilustres del derrotado partido Coservador como el General Manuel José Arce, Don Antonio Jose Irrisari, Mariano de Aycinena y otros que prefirieron el exilio que acogerse al indulto. Y desde donde, se dedicaron a escribir virulentas protestas y a defender el régimen anterior, calificando al General de “tirano”.

El General contestó, que en el clima democrático de su gobierno, eran bienvenidas las críticas, y que serían bienvenidos todos aquellos que desearan aportar sus luces en pro de una mejor administración.

Diez días después, le anunciaron, la visita del Arzobispo Cassaus y Torres quién, en compañía de Don Mariano de Aycinena, solicitaban una entrevista.

Concertada la cita, ambos personajes, se hicieron presentes al Palacio del Ejecutivo una luminosa mañana del mes de Junio, dos horas después de la hora acordada.

Fueron recibidos en el Despacho del General Morazán, por Don Manuel Galvez y Don Simón Vasquez, ambos secretarios y este servidor en calidad de Ayudante personal del General, y conducidos a la presencia del Jefe Provisional del Gobierno de Guatemala.

El Arzobispo era un hombre corpulento, de porte austero y cabello gris. Vestía de riguroso negro, con una gruesa faja de seda roja, circundando su voluminosa cintura. En la cabeza, un capelo color rojo sangre, como símbolo de su alta investidura. Un enjoyado crucifijo, pendía de su cuello y completaba su atuendo.

Mientras que el Marqués de Aycinena, alto, delgado y anguloso, vestía un elegante traje de color gris perla. Portaba un largo bastón barnizado, con una enorme empuñadura de plata. Tenía la boca displicente y los ojos indiferentes. Recuerdo que al verles pensé: “Tan diferentes por fuera, pero tan iguales por dentro”

El General, les saludó con una sobria inclinación, al tiempo que les indicaba dos cómodas poltronas.

Durante unos segundos se estudiaron mutuamente. De pronto, el Arzobispo se lamió sus recios labios y esbozó una sonrisa desdeñosa. Su nariz carnosa, se inundó de mil venitas amarillentas, y supe que aquel religioso sabía más de las cosas carnales que de la santidad. Porque aquel hombre irradiaba opulencia, importancia y autoridad. Y él lo sabía

—Lamento la tardanza— dijo manteniendo una afectada cortesía.

—No hay cuidado —contestò el General— Estaba tan ocupado que ni reparé en ello.

El Arzobispo frunció el entrecejo y acariciando con una de sus manazas la cruz que pendía de su cuello, continuó:

—Entonces, vayamos al grano. Estamos aquí, atendiendo su solicitud, y venimos en representación de los más importantes ciudadanos de esta ciudad, y que en una u otra forma, han manifestado su patriotismo y su malestar por la forma en que usted ha...tomado el poder.

El General lo miró en silencio.

Y el Arzobispo retomó la palabra.

—Tal vez usted ignore lo que ha hecho al...irrumper tan abruptamente en un gobierno legítimo... es una invasión...descarada, y disculpe que sea tan sincero al calificar su abuso de poder, pero dada mi condición de humilde siervo de Dios, estoy en la obligación de decir siempre la verdad.

El rostro del General Morazán, normalmente pálido, enrojeció. Y una vena empezó a latirle en la sien izquierda.

—He venido —continuó el religioso— a pedirle que recapacite, y que en nombre de Dios, saque su soldadesca de esta ciudad y vuelva a su...lugar.

El General asintió levemente, siempre en silencio, que el Arzobispo tomó por aquiescencia, por lo que dijo en tono condescendiente.

—Mire, olvídense de estas cosas, que gobernar no es para cualquiera.

Es para personas capaces, preparadas, casi podría decir predestinadas, que anteponen sus torpes ambiciones por el bien de los demás.

—Ande hombre, no sea tonto, vuelva a su pueblo, cátese, compre una hacienda y viva feliz. Que el daño que ha hecho, tal vez no sea tan irremediable, y nosotros le ayudaremos a empezar con lo que necesite, y cuando digo con lo que necesite, me refiero a todo ¿Me entiende?

El Arzobispo al notar que Morazán no decía nada, miró al Marqués de Aycinena. Este carraspeó y con voz conciliadora, dijo:

-General, anoche estuve reflexionando largamente sobre este asunto y decidí pedir consejo al Arzobispo, y si usted está realmente interesado en el bienestar de este país, y el suyo propio por supuesto, verá que la propuesta de su Eminencia, es ventajosa.

El Arzobispo asintió y con un aire de simpatía en su voz profunda, recalcó:

—Y naturalmente, yo aconsejo llevar este asunto a una pronta y...provechosa conclusión...para ambas partes. Como usted comprenderá su presencia aquí, produce una carga adicional de tensión en esta Capitanía y esperamos que usted voluntariamente, alivie esa tensión. Con una recompensa, naturalmente.

El General se recostó contra su sillón, les miró y tamborileando los dedos sobre su mesa, preguntó tranquilamente:

—¿Han venido ustedes a ofrecerme dinero?

El Arzobispo sonrió ampliamente, y muy aliviado contestó:

—Sólo y únicamente por el bienestar futuro de nuestro país.

El General se puso de pie, y con la voz más controlada que nunca, dijo:

—Señor, no sé que es más crudo; si su descaro o su hipocresía.

—¿Es que la sinceridad es una crudeza para los de su clase? —Replicó vivamente el Arzobispo.

El General dió unos pasos y contestó:

—Señor Arzobispo, en primer lugar, yo no he solicitado la presencia de ustedes aquí. Si hice un llamado a todos aquellos que tuvieran un reclamo justo y valedero para escucharlos. No para escuchar propuestas...sediciosas.

—¿Sediciosas? —interrumpió indignado el prelado— ¡Olvida usted Morazán que soy hombre honrado! ¡Dedicado al bien de mi país y al de mi bendita religión!

—¿Honrado, Cassaus? —replicó suavemente el General.

—¡Arzobispo Cassaus y Torres, para usted masón!

—¡General para usted, cura farsante!— rugió el General.

Palideció el Marqués que jamás imaginó tal reacción del aparentemente tranquilo General, por lo que se puso de pie, balbuceando:

—Señores, por favor, tranquilicense...

El General le miró con ojos llameantes y ordenó:

—¡Sientese!

Obedeciendo de inmediato el Marqués de Aycinena.

El General entonces, se encaró con el corpulento Arzobispo.

—Desde que empezó el sitio de esta ciudad, el clero y la nobleza no han cesado de conspirar, poniendo en juego todas las intrigas concebibles. Intrigas a las que no he querido poner atención por ridículas, llegando al extremo de explotar la sencillez de las buenas gentes, que creen en la palabra de los mal llamados dirigentes espirituales. Se define el Arzobispo como un hombre honrado y dedicado al bienestar de su país y al de su bendita religión. Pregunto entonces, ¿Es honrado mentir?

¿Es honrado y cristiano avalar rumores descabellados como los de la llamada Santa Teresa de Jesús de Aycinena, de que mantiene correspondencia epistolar con el Supremo Hacedor?

¡Y lo que es peor! De que Dios tomaba partido por su hermano el Marqués, ordenando a todos los guatemaltecos a respaldarlo, so pena de excomunión y penas en el infierno.

¿Niega usted señor Arzobispo Cassaus y Torres, que desde su púlpito avaló y divulgó estas manifestaciones de una mujer histérica?

—¡General! —Protestó Don Mariano, poniendose de pie— ¡Le recuerdo que está hablando de mi hermana!

—Y, ¿Que piensa hacer al respecto? —Dijo felinamente el General, apoyando ambas manos en la mesa— ¿Me obligará a retractarme? ¿Tiene el valor para hacerlo? No, Don Mariano, yo le recuerdo a usted, que fué vencido en batalla, y que por caballerosa decencia y misericordia a su familia, no fué pasado por las armas.

El Marqués inclinó la cabeza y se derrumbó en su asiento.

—Veo —dijo el Arzobispo poniendose de pie— Que nuestra intención de llegar a un arreglo se ha desviado, por lo que estimo que es mejor dejarla.

—Y más que dejarla —replicó el General— ¡Olvidarla definitivamente! Si ustedes no entienden el porqué de esta guerra, no vale la pena tratar de explicarselo. Pero antes señor, una advertencia: ¡No intervenga en asuntos que no son de su exclusiva competencia!

Las mejillas del Arzobispo enrojecieron y con voz estrangulada masculló:

—¡Escucheme, advenizo ignorante, no es usted quién va decirme que cosa es, o no, de mi exclusiva competencia!

—No se lo estoy diciendo, ¡Se lo prohibo! O si no atengase a las consecuencias! Y en cuanto a lo de advenizo ignorante, no olvide que Ud. no es guatemalteco, ni siquiera centroamericano, si no español, y que su ignorancia ha quedado demostrada al divulgar que Dios se comunica con una pretendida santa, a favor de los enemigos de la Independencia... —E irguiendo el cuerpo me ordenó:

—¡Sargento!... Acompañe a estos... caballeros a la puerta. La entrevista ha terminado.

Dos semanas después, fueron expulsados y embarcados rumbo a Cuba, el Arzobispo Cassaus y Torres, junto a algunos frailes de Santo Domingo, San Francisco, y los Recoletos, por habérseles descubierto en actividades sediciosas, incitando al pueblo contra el gobierno instituido.

Los frailes de la Merced y los hospitalarios de Belen, que se dedicaban a la enseñanza y al cuidado de los enfermos, no fueron molestados. Pero esta acción fué magnificada y deformada, lo que trajo injustas acusaciones contra el General.

VALOR A TODA PRUEBA...

España, que no perdía la esperanza de recobrar lo perdido, aprovechó el incidente de la expulsión de los religiosos españoles, para promover desordenes con la complicidad del clero, la nobleza y el partido Conservador.

Siendo el más grave, la insurrección encabezada por el tristemente cèlebre Coronel Domínguez en la región de Olancho.

Deseoso de evitar un derramamiento de sangre entre hermanos, el General hizo un llamamiento a la cordura de los sublevados, para que a través del diálogo y no del enfrentamiento armado, se hiciera la paz.

Pero al ver que el llamado no produjo ningún resultado, organizó un ejercito de 1000 hombres, con los cuales nos dirigimos a un lugar denominado las Vueltas del Ocote, donde se nos habia informado que los sublevados tenían un campamento.

Cercana la media tarde, nuestras avanzadas localizaron el lugar como a cosa de media legua de donde estabamos, por lo que el General mandò deternernos y evaluar la situación.

Era el parecer unanime atacar sin previo aviso y que hicieramos un escarmiento para desanimar futuras rebeliones, pero el General se resistia, aduciendo que más le interesaba pacificar a los revoltosos que combatirlos.

Entrada la noche, el General se acercó a la fogata donde nos calentabamos.

—Sargento, —me dijo— ¿Quieres acompañarme a hacer una visita esta noche?

—Con mucho gusto, General- fue mi respuesta, sin imaginar a donde iriamos.

—Muy bien, partamos entonces.

—¿Habrá lucha? —pregunté.

—No lo sé. Espero que no. En todo caso, solo llevaremos una pistola cada uno.

Poco rato después, emprendimos la marcha, bajo una luna semejante a una hoz. Cabalgamos tranquilamente, casi como si pasearamos.

Desde una pequeña loma, avistamos el campamento olanchano, y por un estrecho camino de herradura continuamos, hasta llegar a un lugar donde dos hombres conversaban al calor de una fogata.

Al vernos llegar tan tranquilos, no se alarmaron, solamente se incorporaron con los rifles sujetos negligentemente.

—Buenas noches, señores —saludó el General.

—Buenas noches, señor —contestaron descubriéndose respetuosamente.

—¿Este es el campamento del Coronel Herrera? —Preguntó.

—Creo que sí —respondió uno de ellos.

—Nosotros andamos con el Comandante Lobo —dijo el otro.

—¿Viene a la reunión? —preguntó el primero.

Tardó unos segundos en contestar el General.

—Sí, —dijo finalmente— Venimos a la reunión.

—Entonces, por favor pase. Es al fondo.

Y así, tranquilamente, penetramos al campamento enemigo.

Una buena cantidad de hombres, se hallaban dispersos alrededor de varias fogatas. Al fondo, y bajo un frondoso árbol de mango, una fogata mayor iluminaba a 7 u 8 individuos que conversaban animadamente.

El General me miró y dijo:

—Ahora, Horacio, a la mano de Dios. No hables, ni demuestres miedo. Quédate detrás de mí.

Asentí y seguí al General que ya se encaminaba a la fogata.

—Buenas noches, caballeros —saludó al tiempo que se descubría —Soy el General Francisco Morazán, y he venido a conversar con ustedes.

Creo que si el General hubiera lanzado una “barbamarilla”* en medio de aquellos hombres, hubiera causado menos sorpresa.

Se quedaron todos inmóviles. Con la boca abierta, y con la sorpresa y el temor pintados en la cara.

Instantes que aprovechó el General para sentarse en el suelo con las piernas cruzadas.

—¿Como llegó aquí, General? —Preguntó un hombre de piel quemada, mostacho poblado y cabello negrísimo.

—Caminando... Coronel Herrera... ¿Verdad?

Asintió el hombretón, preguntando a continuación:

—¿Estamos rodeados?

* Serpiente venenosa

—No, ¿Por qué? —contestó el General— He venido solo con mi ayudante, armados de una pistola, —la extrajo y la tiró a los pies del Coronel Herrera— He venido solo a conversar.

—A hablar de ¿Qué? —preguntó una voz.

—De la razón de esta guerra. Nadie debe ir pelear sin saber el motivo. Y yo no lo sé. Así que quiero oírlo de ustedes y de nadie más.

De esta manera, con palabras sencillas, casi paternales les habló de sus deseos y el interés que tenía por la paz. Les escuchó con toda atención y recalando que todos eramos hermanos, hijos de la misma tierra, y les ofreció cumplir con todo lo que les prometiera.

Les garantizó que por siete años estarían libres de todo gravamen (porque un impuesto había sido la razón de que se valiera Domínguez para levantarlos en armas).

Que si deponían las armas, nadie sería perseguido ni molestado.

Y finalmente, que seleccionaran de entre los reunidos, a dos personas, una, para que fuera el Comandante, y la otra, el Jefe Político de esa región.

—¿Cómo sabemos que no es una trampa, General? —preguntó uno de ellos.

—Hijo —respondió el General— Si yo hubiese querido atacarlos, ya lo hubiera hecho. Pero en vez de eso, he preferido venir solo, a buscar la paz. A ustedes toca decidir, si aceptan o no, mi propuesta.

Rayando el alba, el General y yo regresamos a nuestro campamento con la buena nueva de la capitulación de los sublevados olanchanos.

Capitulación que fué ratificada por todos los comisionados de los pueblos de Olancho y por Don Dionisio de Herrera el 30 de Enero de 1830.

EL GENERAL MORAZAN EN LA CÚSPIDE...

En Septiembre de 1830, el General Morazán es nombrado Presidente de la República de Centro America. Creo que fué el dia más feliz de su vida. Porque su elección se debió al voto popular.

Dos días antes de asumir el poder, me mostro una carta que su amigo don Jose Barrundia, le había enviado desde Guatemala, en ella le felicitaba por su elección, pero lo que más le enorgullecía eran frases, que a mí se me grabaron:

“Al fin se completó la renovación constitucional tan deseada, y tan especial para la marcha regular de la república. Usted la salvó de los tiranos. Usted tiene a su cargo el afianzar sus leyes y libertades. Yo le envidió a usted su gloria, al mismo tiempo que ansío mi retiro, pues no nací para el mando. Ya está en un patriota firme, que lleva una espada triunfante, a favor de las instituciones y de los hombres libres.”

El 16 de Septiembre asumió el honroso cargo de Presidente de Centro America.

Y esta, Poeta, es una copia del discurso que el General pronunció ese dia. Lo conservo como mi más preciado recuerdo, y quizas te explique porque sigo siendo fiel al General hasta la muerte. Si quieres puedes copiarlo.

“Los centroamericanos han practicado uno de los actos más dignos de su soberanía, nombrando al que debe colocarse en el Poder Ejecutivo Federal, y yo tengo el honor de haber sido el depositario de su confianza. Confianza tanto más respetable y sagrada para mí. Cuanto es de grande y temible a los celosos ojos de la Nación, después de los inmensos peligros a que se vió expuesta en las manos del primer elegido del pueblo.

No era posible prometerme en las varias posiciones en que me colocaron los diversos acontecimientos de la revolución que terminó en 1829, que mis pequeños servicios llegasen a merecer la confianza con que me han honrado los Estados prefiriendome a sus hijos mas beneméritos.

Cuando abracé la causa común, no existia un solo principio de esperanza, sino es para aquellos que deseaban morir en defensa de la ley. La República se hallaba envuelta en una guerra insensata y fratricida, descreditando el nombre centroamericano sin manchilla hasta entonces, pronunciado después con desprecio por los enemigos de su engrandecimiento, y próximo a sepultarse en las ruinas de la Patria. Ese puñado de valientes defensores de la libertad, que, arrostrando toda clase de peligros para salvarla, supo arrancar con la palma de la victoria a los enemigos, y reivindicar el honor nacional.

Estos hijos predilectos existen entre nosotros, en unión de otros muchos, cuyo mérito conocido e ilustración acreditada en diversos tiempos, ha justificado que son más dignos que yo de merecer la confianza que se me dispensa, y capaces de gobernar, principalmente en tiempos peligrosos.

Esta satisfacción, la mayor que pueda aspirar el ciudadano que se interesa en la felicidad de su Patria, sera siempre muy lejos del que se halle colocado en mis circunstancias. Aún aquellos que poseen los profundos conocimientos que constituyen la difícil ciencia de gobierno, han desacreditado muchas veces esos descubrimientos que pasan ya como

verdades, cuando no han consultado con la experiencia para su aplicación. El pueblo soberano, sin embargo, me manda colocarme en el más peligroso de sus destinos, y debo obedecer sus respetables preceptos, y cumplir el solemne juramento que acabo de prestar en vuestras manos. En su observancia ofrezco, sostener a todo trance la Constitución Federal, que he defendido como soldado y como ciudadano. Ella establece como una de sus bases la Santa Religión de Jesucristo. Esta ha triunfado del fatalismo que la desacreditaba; y muchos de sus ministros que excitaban en su nombre a la matanza y al la destrucción, han justificado en su conducta, la providencia que los separó de la República, y han descubierto desde el lugar de su destierro, las miras criminales del tirano español a quién servían.

La religión se presenta hoy entre nosotros con toda su pureza, y sus verdaderos enemigos que la tomaban en sus labios para desacreditarla, no la haran aparecer ya, como el instrumento de las venganzas. Yo procuraré que se conserve intacta, y que proporcione a los centroamericanos, los inmensos bienes que brinda a los que profesan. Las comunicaciones que va a establecerse con la Silla Apostólica, aquietarán las conciencias de los verdaderos creyentes, y harán cesar la orfandad en que se halla nuestra iglesia.

Las relaciones exteriores se conservarán o aumentarán en razón de su utilidad, procurando siempre que el orden interior, y los progresos del sistema, hacía su perfecta consolidación, faciliten las que deben tener por resultado el reconocimiento de la Independencia, el aumento del comercio, de la riqueza y de la población. Con este interesante fin, nuestras leyes llaman al hombre ilustrado e industrioso, sin examinar su origen, ni su religión; el centroamericano lo recibe con los brazos abiertos, y el gobierno lo protege.

La alianza de los pueblos americanos, aunque se ha frustrado hasta ahora, no esta lejos el momento de ser puestos en práctica esta combinación admirable. Ella hara aparecer el nuevo mundo, con todo el poder de que es susceptible, por su ventajosa posición geográfica e inmensas riquezas, por la justicia de los gobiernos y por la identidad de sus sistemas: por su crecido número de habitantes y, sobre todo, por el común interés que los une.

El ejército, que debe conservar el orden interior y defender la integridad de la República, procuraré que sea capaz de llenar estos dos objetivos grandes. Se perfeccionarán las fortalezas de los puertos y se pondrán éstas en el mejor estado de defensa.

La Hacienda Pública, ha podido cubrir hasta ahora, la pequeña suma a que ha sido reducida la lista civil y militar, en el tiempo que ha gobernado mi digno antecesor, el Senador José Barrundia. Todo es debido al sacrificio voluntario, que a su generoso ejemplo, han hecho de una parte de sus sueldos, los funcionarios y al pequeño número a que ha sido reducido el ejército. Pero, no será posible, que satisfaga en los sucesivo, los gastos mas precisos, si al mismo tiempo que se cree la fuerza que debe sostener la Independencia, se amortiza la deuda extranjera, origen en mucha parte de nuestras desgracias, y se paga lo que ha sido necesario contraer para dar paz a la República. El arreglo de este ramo interesante, exige la ocupación exclusiva de los legisladores.

La instrucción pública que proporciona las luces, destruye los errores y prepara el triunfo de la razón y de la libertad, nada omitiré para que se propague bajo los principios que la ley establezca. Por desgracia, hasta ahora, mucha parte de la juventud se ve entregada en manos de la ignorancia y de la superstición. Los funestos vicios del sistema colonial se

transmiten entre nosotros, de padres a hijos, y el trastorno y las revoluciones que se han repetido en los Estados desde su Independencia, son la escuela en donde aprende a conocer sus derechos esa desgraciada y preciosa porción de la República, que es la destinada a consolidar el sistema que nos rige.

Los diversos obstáculos, que se han opuesto hasta ahora, a las miras benéficas de los que han intentado dar a la industria la protección que merece, es tiempo ya de removerlos; nada omitiré, que se halle en mis facultades para mejorar este ramo interesante y para darle impulso al mismo tiempo a todo lo que sea de utilidad general.

Tal es la apertura del Canal en Nicaragua. Esta obra grandiosa por su objeto y por sus resultados tendrá el lugar que merece en mi consideración; y si yo logro destruir siquiera los obstáculos que se opongan a su práctica, satisfaré en parte los deseos de servir a mi Patria.

Cuando una nación llega a sufrir grandes revoluciones y transtornos en su orden interior, sus más celosos hijos se dedican a examinar la causa que los produjo, y los centroamericanos, animados de tan sublimes sentimientos, se ocupan hoy en investigar el origen de los males que ha afligido a la República.

A los legisladores toca removerlos y destruir los obstáculos que se oponen a la consolidación del sistema. Desde Costa Rica hasta Guatemala, una sola es la opinión, uno de los sentimientos y deseos que animan a los centroamericanos.

Todos tienen fijas sus esperanzas en el primer poder de la Nación. Todos sin excepcion, esperan que los ilustrados patriotas que lo componen harán la felicidad general.

Los representantes de la Asamblea Nacional Constituyente, al determinar el carácter y fisonomía política del Gobierno que nos rige, trazaron una senda segura a sus sucesores y proporcionaron al Congreso de 1830 la gloria inmarcesible y pura de dar la última mano a la grande obra de nuestra legislación. Los sucesos lamentables e inopinados que han privado de este honor a sus antecesores, al paso que obligan a hacer recordaciones sensibles y dolorosas, presentan al mismo tiempo lecciones importantes, escritas en el libro de una costosa experiencia. Si de ellos saben aprovecharse los legisladores, evitarán en los sucesivos su triste repetición, y fijando para siempre los destinos de la Patria, levantarán también un monumento hermoso del honor y gloria de que son acreedores.

La Independencia que se halla amenazada por el enemigo común, recibirá nuevas garantías y seguridades. Los pueblos que han sabido sostener la libertad, cuando el pacto social, se veían disueltos a esfuerzos de las intrigas y maquinaciones de los enemigos del orden, sin regla fija que pudiese dirigir sus pasos, y abandonados a sus propias opiniones y recursos, sabrán sostener la integridad de la República, bajo los auspicios de tan beneméritos

Representantes, protegidos por ese código sagrado, objeto de sus fatigas.

Si los centroamericanos, logran satisfacer sus vehementes deseos, gozarán sin duda, del precioso fruto que le ha proporcionado sus desvelos. Y si yo soy el elegido por la Divina Providencia, para asegurar los decretos que aseguren la libertad y sus derechos de un modo estable, serán cumplidos mis ardientes votos. Una ciega obediencia a las leyes que he jurado, rectas intenciones para buscar el bien general, y el sacrificio de mi vida para conservarlo, es lo unico que puedo ofrecer en obsequio de tan deseado fin. Cuento para ello, con los consejos de mis amigos, con el voto de los buenos, y con la cooperación de

esos pueblos, cuyas virtudes cívicas y valor acreditado en las circunstancias más difíciles, han formado ya una patria para los verdaderos centroamericanos, y han dado lecciones tristes a sus enemigos, de que no se atenta contra ella impunemente. Subo pues a la Silla del Ejecutivo, animado de tan lisonjeras esperanzas. Muchas gracias”

MORAZAN VUELVE A EL SALVADOR...

Con el nombramiento del General Francisco Morazán, como Presidente de la República de Centro America, sus poderosos e influyentes enemigos arreciaron sus ataques, por lo que iniciaron ataques armados simultáneos a territorios centroamericanos.

Don Manuel José Arce, expresidente, por el lado de Soconusco, el Coronel Vicente Domínguez, acérrimo enemigo del General, y Ramón Guzmán por Omoa, y todos ellos con el apoyo decidido de Don José María Cornejo, Jefe de Estado de El Salvador, que buscaba pretextos para sustraerse al pacto federal, aduciendo de que los salvadoreños no tenían suficiente influencia en los asuntos de importancia nacional. Circunstancia, que a juicio de de Don José María Cornejo, era más que suficiente para desconocer la autoridad del General Morazán.

Enfrentados en dos ocasiones, y en las que ambas derrotó a las tropas de Cornejo, el General asumió temporalmente el gobierno, poniendo así punto final a las pretensiones del Jefe de Estado salvadoreño.

Días después, convocó a la Asamblea, en la que se nombró como nuevo Jefe de Estado a Don Mariano Prado y como Vice-Jefe a Don Joaquín San Martín.

Comisionando a continuación a los Coroneles Raoul y Martínez para enfrentar al General Arce, a quien vencieron y pusieron en fuga.

Mientras que los Coroneles Torrelongo y Gutierrez daban cuenta del ejercito del Coronel Vicente Domínguez, el que fuè capturado y pasado por las armas.

Tan pronto como el General Morazán, pacificó El Salvador, emprendimos el regreso.

Días después, el flamante Jefe de Estado, Don Mariano Prado, alegando motivos de salud, renunció a su cargo.

Hombre de carácter debil, no pudo resistir las presiones de los descontentos, que encabezados por Don Joaquín San Martín, le exigían la separacion de El Salvador de Guatemala.

La intempestiva “renuncia” del señor Prado, trajo disturbios y agitación en toda la provincia, lo que determinó el regreso del General Morazán a El Salvador, para calmar los animos.

Ante la noticia del regreso del General Morazán, Don Joaquín San Martín, ahora Jefe de Estado. Temeroso de que se descubriera su participación en la renuncia de Don Mariano Prado, decidió enfrentar al General Morazán.

Enterado de que un ejèrcito al mando de un Coronel Paredes, venían con la intención de echarlo de suelo cuscatleco, el General se desvió hacia un poblado llamado Metapan, hasta un lugar llamado Mita.

Al conocer San Martín de la prudente retirada de la fuerza pacificadora del General, la malinterpretó como cobardía, y envalentonando, urgió al cuerpo legislativo para que le dieran amplios poderes para combatir al General Morazán.

Y para intimidar a quienes se opusieran a sus pretensiones, hizo arrestar al Coronel Máximo Menéndez, por el único delito de ser partidario del General. Más tarde fue asesinado misteriosamente en la prisión, lo que generó una controversia mayor.

Indignado el General Morazán, por esta muerte inútil, hizo un llamamiento para que los vecinos se unieran a él, para enfrentar a San Martín.

Llamamiento que tuvo poco éxito, pues los vecinos tenían al salvajismo de San Martín, que había logrado conformar un ejército de unos 3000 hombres, con el cual se dirigía a combatir al General.

La mañana de 23 de Julio, un mensajero nos avisó de que el enemigo se hallaba en San Ignacio, a corta distancia de la capital.

El General convocó a sus oficiales y les pidió el recuerdo total de los hombres para enfrentar a San Martín.

—Unos mil hombres —respondió el Teniente Coronel Vicente Hueso.

—Y, ¿En cuantos hombres estima usted a los hombres de San Martín?

—En un poco más de 3000, General —respondió el interpelado. El General asintió en silencio.

—General —dijo entonces el Coronel Vicente Cúcuta— Si usted lo autoriza, podemos hacer una leva* entre la población, y así conseguir unos cuantos hombres más.

—No, Coronel —respondió el General— Jamás se ha ganado una batalla, con hombres forzados. Los que pelearemos lo haremos porque queremos, porque creemos en lo que hacemos. Además, lo que nos falta en número, lo supliremos con valor.

Mandando a continuación, a colocar avanzadas en todas las bocacalles de la población y aguardó serenamente.

Las tropas de San Martín, hicieron alto al llegar a la entrada de la ciudad, enviando una avanzada de unos 50 hombres, que penetraron lentamente en dirección a una barricada ubicada a unas 600 varas.

Caminaban lentamente, con las armas empuñadas. De pronto, de las azoteas y techos de las casas, empezaron a dispararles, por lo que empezaron a correr de un lado para otro, en todas direcciones. Rompiendo puertas y ventanas para guarecerse de aquella lluvia de balas, encontrándose que el interior de aquellas casas, también los recibían a balazos.

* Reclutamiento forzoso

Viendo San Martín, que su avanzada era diezmada, rápidamente ordenó una carga contra los defensores que irrumpió, arrollando todo a su paso, hasta llegar a una placita donde se congregaba el grueso de nuestras tropas.

El General desde lo alto de una terraza observó este movimiento, ordenando que entrara en acción la caballería al mando del Coronel Yáñez, quién en un movimiento envolvente, cargó con tanto vigor y fuerza, que logró aislar a la columna atacante, la cual fué destruída, mientras nuevas avanzadas morazanistas, impedían el acceso de más tropas que intentaban auxiliar a sus compañeros atrapados.

La batalla duró como cinco horas, y en ella resultamos heridos, el General que perdió su meñique izquierdo, y yo que saqué un balazo en este muslo.

Varias veces intentó San Martín, repetir la carga, pero siempre fueron repelidos, hasta que en vista de sus numerosas bajas, huyó, abandonando a numerosos heridos y multitud de pertrechos, por lo que sus partidarios viendo la huida de su jefe se rindieron incondicionalmente.

San Martín huyó con 300 hombres, y en Jiquilisco, fué alcanzado, derrotado y arrestado por el General Isidoro Saget.

CARRERA Y FERRERA, ENEMIGOS FORMIDABLES

Pese a las casi sucesivas derrotas, que el General Francisco Morazán infligió a sus enemigos, estos no cesaron de conspirar. Viniendo a favorecer sus planes un brote del cólera, temible enfermedad que hizo verdaderos estragos en la población indígena guatemalteca.

Circunstancia de que se valieron los opositores del General, particularmente el clero, quienes acusaron a los morazanistas de envenenar las aguas y causar la muerte de decenas de indígenas.

Los sacerdotes Lobo, Sagastume, Aqueche y Durán se dedicaron a tiempo completo a sublevar a las comunidades nativas, hasta que la insurrección alcanzó proporciones atemorizantes.

Los religiosos azuzaban a la población para que se unieran a un líder indígena, cruel y ambicioso llamado Rafael Carrera, que con el apoyo irrestricto del clero, se convirtió en un verdadero azote para el Gobierno.

Ante esta situación, se solicitó al General Morazán su intervención, quién decidió enviar una comisión para que buscaran entendimiento con Carrera y su grupo de alzados.

Lamentablemente la comisión no logró su propósito, pues Carrera ya se encaminaba a Guatemala, a tomar posesión de la ciudad, siendo disuadido con el ofrecimiento de nombrarlo Comandante Militar de Mita.

Durante el resto del año, el General emprendió diversas acciones contra Rafael Carrera, que al grito de: ¡Viva la Religión! se dedicó al crimen y al pillaje por todo el territorio guatemalteco, logrando escapar siempre, gracias a la protección irrestricta que le brindaba el clero, al grado que le llamaban “Hijo del Altísimo”.

A principios de 1839 el General había decidido dar una batida general a fin de terminar de una vez con Carrera, pero la invasión del General Francisco Ferrera a El Salvador, lo obligó a posponer su intención.

Y así, el 4 de abril de 1839, con un ejército de 600 hombres, el General Morazán se enfrentó al General Ferrera en la Hacienda El Espíritu Santo.

Según informes fidedignos, el ejército de Ferrera nos triplicaba en número, por lo cual el General ordenó atrincherarnos en unos corrales de piedra y ahí esperar al enemigo.

En la madrugada del día 5 de Abril, las tropas de Ferrera pretendieron sorprendernos, lanzando sobre nosotros una columna de unos 200 hombres.

Tan pronto como los hombres de Ferrera dejaron su posición, el muro de piedra que los esperaba pareció cobrar vida, vomitando fuego y metralla en todas direcciones.

Como una ola gigantesca, el ejército ferrerista se precipitó hacia delante, entre el restallar de los disparos, el gemir de las granadas artilleras, y el tintinear de espadas y machetes.

Por encima del estruendo se escuchaban los aullidos de los oficiales que gritaban:

—¡Adelante! ¡Adelante! ¡No pueden quedarse aquí! ¡Sigán!

La violenta oposición frontal creció con el avance. La humareda formaba intrincadas volutas que dificultaban la visión y el avance, obligando a los atacantes a tirarse al suelo.

Recuerdo que un teniente al verlos agazapados, se revolvió furioso, lanzando maldiciones, e ignorando la lluvia de balas les increpaba:

—¡Muevanse, estúpidos! ¡Sigán! ¡Si nos quedamos aquí nos matarán! ¡Vamos!

Durante todo el día, se peleó furiosamente, cesando solo por el cansancio, al caer la noche.

Como a las ocho de la noche, el General nos convocó a una reunión.

—Señores, —nos dijo— La situación es desesperada. Si bien es cierto, hemos causado gran número de bajas al enemigo, también es cierto que ellos nos han causado gran número de muertos y heridos. Por lo que creo, no es prudente esperar la muerte aquí.

—Tiene razón, General. Debemos salir —aseguró el Coronel José Trinidad Cabañas.

—Y, ¿Cuándo lo haremos? —preguntó el Coronel Narciso Benitez.

—¡Ahora mismo! —respondió el General— Es verdad que estamos cansados, y quizás más que ellos, pero ellos confían en que son más que nosotros, y eso los hace confiarse. Lo único que no esperan, es que nosotros tomemos la iniciativa, y mucho menos esta noche.

—¿Como lo haremos, General? —preguntó Benitez.

—Como habrán observado, las tropas enemigas se han dividido en dos grupos. Ocupando cada uno las alturas de aquellas lomas que están frente a frente. Nosotros enviaremos un grupo al mando del Coronel Benitez al centro y de ahí dispararán, al mismo tiempo, en las dos direcciones, para hacerles creer que les atacamos, simultáneamente. Mientras el Coronel Cabañas, con otro grupo de hombres, rodea la loma de la izquierda, yo rodearé la otra, la de la derecha, y cargaremos al mismo tiempo, cuesta abajo. Nuestros compañeros del centro procurarán crear tanto ruido y confusión, que pienso que no nos descubrirán en esta bendita oscuridad.

Una hora más tarde, la avanzada del Coronel Benitez, salió de sus trincheras, gritando y disparando al unísono, por lo que fácilmente ocuparon el puesto asignado, e iniciaron un tiroteo intenso y sostenido. La sucesión de llamaradas amarillas era incesante, punteado por el vibrar de los clarines.

Tal como lo previó el General Morazán, los ferreristas cayeron en la trampa. Se precipitaron cuesta abajo para estrujarnos, sin imaginarse que por la retaguardia les atacarían Cabañas y Morazán. Era tan estrecho el margen para moverse, que hubo momentos en que las tropas enemigas y las nuestras se confundían, creando una verdadera confusión, la que aumentó con la carga del General y su amigo.

Hacia las seis de la mañana, el enemigo empezó a rendirse, quedando tendidos en el campo más de 400 cuerpos.

Con Ferrera volvimos a enfrentarnos el 16 de septiembre del mismo año 39, en donde volvimos a batir las tropas ferreristas, a tal grado que Ferrera tuvo que huir herido y a pie, pero sobre esta batalla no te puedo dar detalles, porque debido a un ataque de disentería, no participé en ella.

LA BATALLA QUE PERDIMOS...

Durante un período de unos 12 años, Centroamérica se ha debatido en una multitud de guerras fratricidas, promovidas por los españoles, el clero y la nobleza. Años que he cabalgado junto al General Morazán, y en los que tuvimos diversos altibajos.

Pero a partir de 1838 la violencia se recrudeció, con la aparición de Ferrera y Carrera, formidables enemigos, que representaban la más férrea oposición a las ideas libertarias y unitarias del General Morazán.

En Marzo de 1840, el General decidió terminar de una vez por todas, con el caudillo Rafael Carrera y con un ejército de 900 hombres salimos con rumbo a Guatemala. Durante el trayecto pudimos observar la inadversión del pueblo hacia el General, pueblo que estaba azuzado, por el vengativo clero y la destronada nobleza.

El 18 de Marzo, el General atacó la ciudad y en cosa de tres horas y merced a sus audaces golpes, tomó la ciudad.

Personalmente, siempre he creído que la facilidad con que entramos a la ciudad era parte de un plan preconcebido para capturar al General Morazán.

Tomamos algunos prisioneros, que según costumbre del General, fueron tratados con toda humanidad y cortesía.

Mientras tanto Carrera había dividido su ejército en dos grupos, confiando uno al Coronel Sotero, quien nos atacó en la Plaza Mayor.

El enfrentamiento terminó en un encuentro a bayoneta calada, cuando nos sorprendió y acorraló el grupo comandado por Carrera, viendonos obligados a retroceder y a acuartelarnos, en el edificio de una iglesia e instalaciones vecinas.

Rápidamente, el Coronel Carrera tendió un cordón, doblemente reforzado alrededor del perímetro donde nos acuartelábamos y comenzaron a atacarnos.

Durante el resto del día, el ataque fué continuó y continua fué nuestra respuesta, sin embargo, al caer la tarde, el tiroteo por el lado contrario, cesó repentinamente.

El General no sabía cuantos hombres le sitiaban y ante éste repentino cese del fuego enemigo, ordenó la máxima alerta.

De pronto, atónitos escuchamos como las tropas de Carrera, entonaban La Salve. Oíamos perfectamente la voz de los sacerdotes dirigiendo el cántico religioso y después impartiendo la bendición a los hombres del bando contrario.

El General por el número de voces estimó que las tropas enemigas eran muy numerosas.

Después, se empezaron a oír gritos que nos gritaban: ¡Guanacos, entreguen a ese ateo! ¡Malditos, ahora pagarán la expulsión de los santos padres! ¡Viva la religión! ¡Viva el santo Arzobispo!

Y a continuación, se reinició con estruendo aterrador la mortífera tirazón. Las sombras de la noche empezaron a caer y sólo la iluminaban las llamaradas amarillentas, que salían de las bocas se centenares de rifles y pistolas.

Y esta situación se prolongó hasta la media noche, produciéndose un descanso.

Cercanas las tres de la mañana y aprovechando la imprecisa claridad del nuevo día, las tropas de Carrera iniciaron un ataque frontal.

—¡Ahí vienen! ¡Ahí vienen! —gritaron los vóigias.

Los hombres que se habian derrumbado muertos de cansancio, se incorporaron como movidos por un resorte, y al ver el avance de las sombrías hordas carreristas escupiendo fuego, se persignaron, y exclamaron, casi al unísono:

—¡Dios mio, ayudanos!

La artillería volvió a tronar, lanzando sus granadas que explotaban como flores del mal, sembrando la muerte y la destrucción. En las caras tiznadas de nuestros hombres, podía leerse el más profundo desaliento.

El tiroteo pareció volverse más tupido, los hombres de la carga caían como moscas, muertos o heridos. Otros se guarecían tras improvisadas barreras.

Dentro de la iglesia, la atmosfera se volvia irrespirable, el acre olor de la pólvora se mezclaba con el dulzor de la sangre, y flotaba una especie de neblina que se arremolinaba en fantasmagóricos jirones.

El Coronel Cabañas, se aproximó corriendo hasta donde estabamos el General y yo.

—General —dijo— No vamos a poder sostenernos por mucho tiempo, el cielo de la iglesia esta casi destruído y las paredes llenas de boquetes.

—Lo sé, Trinidad, lo sé —contestó el General.

—Creo entonces, que debemos intentar salir. Aprovechar cuando la avanzada de Carrera, dé marcha para atrás.

El General miró a su alrededor, y pasandose el dorso de la mano por la frente, dijo:

—Tienes razón. Hagamoslo. Tu saldrás por atrás con la mitad de los hombres, y yo por el frente con el resto.

El Coronel sonrió y se marchó a cumplir la orden.

El General se volvió hacia mí.

—Sargento, ayuda a Trinidad a dividir los hombres, diles que se armen de espadas, machetes, pistolas y rifles con bayoneta calada y que estén listos para que al dar la órden, salgamos de aquí a como dè lugar.

Pensé que iba a hallar resistencia por parte de los soldados, pero no fue así, ellos confiaban en el General y prefirieron salir a pelear y no quedarse encerrados.

Al cabo de un rato, los clarines llamaron a los soldados de Carrera, a volver para reagruparse.orden que obedecieron bajo una nutrida balacera.

Entonces, a la imprecisa claridad de la mañana, enturbiada ya de sí, por las densas nubes de humo, se abrieron los portones traseros de la iglesia,

Y como un río que se sale de cauce, salió la mitad de los hombres, liderados por el Coronel Cabañas.

—¡Adelante! ¡Vamos, adelante! ¡Como los machos! —gritaba el Coronel, con su rubio cabello flotando al viento y saltando hacia delante.

Como un sólido bloque, los hombres de Carrera, vieron venir aquel inesperado tumulto, que con gritos y sin miedo, se precipitaban hacia ellos.

De pronto, la avalancha se detuvo, y lanzó una nutrida andanada de plomo, lo que diezmo las tropas de la barricada, que sorprendidos empezaron a correr.

Al escuchar las tropas enemigas que nos asediaban por el frente, la gritaría y el estruendo de la fusilería, en la parte de atrás de la iglesia, cesaron el fuego, y confundidos, gritaron:

—¡Se escapan! ¡Se escapan por detrás!

Instantes de confusión, que aprovechó el General Morazán, para abrir los portones delanteros y precipitarse hacia el frente.

Detrás de él iba yo, y podía sentir a mi alrededor el impetuoso flujo de la gente hacia delante y me dí cuenta de que ya no habría retorno.

El General avanzaba a saltos en su poderoso ruano, a saltos, gritando, con sus facciones encendidas por el ardor de la lucha y con su sable ondeando al viento.

Avanzaba enhiesta y rutilante la bandera, con el coro vibrante de los clarines, gritaban los oficiales, retumbaba el cañon, pero nada nos detuvo.

Y así, en medio de la sangre y la metralla, nos abrimos paso y rompiendo el cerco nos retiramos a galope tendido.

Cabalgamos cerca de cuatro horas hasta llegar a la Antigua, descansamos y seguimos hasta Ahuachapán, donde nos reunimos con el Coronel Cabañas, y tomamos rumbo a El Salvador, que no acogió triste por la derrota, pero contentos de ver sano y salvo a su héroe.

Comprendiendo el General, que pronto vendrían en su busca y deseoso de evitar más derramamiento de sangre, se reunió con una junta de notables, e hizo entrega de su cargo en manos del honorable ciudadano Don José Antonio Cañas y con lágrimas en los ojos, emprendió la senda del exilio.

EL GENERAL SE MARCHA...

El 08 de Abril, el General Morazán, y un pequeño grupo de perseguidos, embarcaron en la goleta Izalco con rumbo a Colombia.

Ese día, amaneció lluvioso, y el General envuelto en un capote negro, se miraba sombrío y taciturno.

Habíamos acordado, pese a mi deseo de acompañarlo, de que yo me quedaria cuidando de su casa y bienes y atendiendo algunos negocios familiares.

Nos abrazamos fuertemente y con los ojos arrasados de lágrimas, lo vi subir como último pasajero a bordo.

Días después, se reunió con su familia en Chiriquí, radicandose después en David, Panamá.

Con la retirada voluntaria del General Morazán, sus enemigos hicieron fiesta, concluyendo con el encarcelamiento de sus partidarios más conocidos.

Mientras residió en Panamá, el General me escribía una vez al mes, pidiendome informes sobre la situación política de su amada tierra centroamericana y me contaba, que sus días los pasaba leyendo y escribiendo sus memorias.

Por esos días, escribió su conocido Manifiesto de David, que desgraciadamente yo no tengo copia que mostrarte, pero que te aseguro, es un verdadero llamamiento a la conciencia de todos los centroamericanos.

Un verdadero aldabonazo para despertar en todos nosotros el amor a la justicia, libertad y sentido de independencia unionista.

Me contaba el General que durante su exilio viajó a Perú, Lima y Chile, donde siempre fué, muy bien recibido, pues sus hechos habian trascendido las fronteras patrias.

Se preparaba para viajar de nuevo a America del Sur, cuando recibió múltiples llamados de sus simpatizantes nicaragüenses, para que les ayudara a defender la soberanía de Nicaragua, que se hallaba en grave peligro por las pretensiones del imperialismo ingles, que buscaba arrebatarnos parte de la Mosquitia nicaragüense, ya que la parte hondureña, les habia sido cedida desvergonzadamente por el Coronel Ferrera.

Comprendiendo el General Morazán que el peligro que se cernía sobre Centroamérica era el peor de todos, no vaciló y empezó a hacer arreglos para su regreso.

EL REGRESO DEL GENERAL...

A finales del mes de Enero de 1842, el General avisó a su amigo el Sargento Mayor Horacio Martínez, su regreso.

Le pedía, avisara a sus amigos más cercanos y a la vez, que reuniera un grupo de hombres leales y valientes. Un amigo muy cercano me enteró de la visita del Sargento Martínez, me presentó con él, y cuando menos acordé, me había enrolado en el nuevo ejército del General Morazán.

El 1 de febrero, el grupo formado por el Sargento Mayor, salimos de Comayagua con rumbo a El Salvador. El 10 del mismo mes, acampabamos en las cercanías del puerto de la Unión.

El Sargento, escogió cuatro de nosotros y junto con él, nos alojamos en un hotelucho del puerto. Durante cinco días permanecimos sin hacer nada, más que vagabundear por plazas y mercados, en medio de la gente que empujaba y conducían ruidosos coches con ruedas de hierro. El comercio era muy activo y en la plácida bahía incontables gabarras iban y venían guiadas por vociferantes marineros.

En la noche del cuarto día, el Sargento regreso excitado.

—¡Poeta! ¡Mañana arriba el General! ¡Mandá avisar a los otros! Y un chancesito te lo presento...

En la madrugada del 15 de Febrero de 1842, el General desembarcó en silencio, él y tres hombres más.

El General era como me lo había descrito el Sargento. Blanco, de estatura mediana, delgado, con cerrada barba negra, la voz un poco aguda, la nariz aguileña y los ojos brillantes. Los cabellos negros sobre una frente despejada, empezaban a mostrar la plata de las canas. Cuando me lo presentó el Sargento, su apretón firme de manos y la mirada franca de sus ojos negros, me ganaron.

—Me informa el Sargento que usted es escritor.

—Lo intento señor —respondí todo sonrojado

El General asintió mientras me contemplaba, después dijo:

—No hay mucha gente culta entre mis hombres. Muchos son campesinos, pequeños aparceros, peones y en su gran mayoría no saben leer ni escribir. Pero han sufrido en carne propia, y talvés más que otros, la violencia y el despotismo de la clase dominante. Y se han fogueado en revueltas populares. Yo les comprendo y comparto conmigo el sueño de una Centroamérica próspera, unida y pacífica.

—¿Y cree Ud. General que ese sueño se logre? —pregunté.

—La verdadera independencia no sera facil ni bonancible— respondió.

—¿Por qué?— le pregunté.

—Por que la independencia necesita de unas bases sólidas y coherentes como la educación. El respeto al derecho ajeno y una economía fuerte.

—¿Cual cree usted señor, es el mayor obstáculo para tener una verdadera independencia? —
—pregunté

—El rancio conservadurismo que impera desde 1840 y el llamado neocolonialismo actual.
—respondió rápidamente

—¿Que busca en esencia el Conservadurismo?

—Aminorar la pérdida de poder heredada de la colonia, aliandose con la iglesia, el control administrativo vía el elitismo en los cargos públicos y un régimen legal separado y sólo para los indigenas— concluyó el General.

El regreso del General Morazán generó encontrados sentimientos y dado su arraigo popular, el gobierno salvadoreño le pidió muy diplomáticamente, que abandonara el territorio, argumentado convenios previos que le obligaban a tomar esa medida.

El general se vió entonces, en la necesidad de salir, dirigiendonos al Golfo de Fonseca, en donde nos reunimos con unos 500 hombres, reclutados por los Generales Cabañas, Saget, Saravia y Rascón, los que fueron embarcados y partimos hacia Costa Rica.

Durante todo el tiempo que duró la travesía, conversé numerosas veces con el General Morazán, sorprendiendome gratamente con su clara inteligencia, madurez y sencilla manera de ser.

REENCUENTRO CON UN VIEJO ENEMIGO...

El 07 de Abril de 1842, desembarcamos en el puerto de Caldera, ignorando el General, que el Gobernante de Costa Rica, Don Braulio Carrillo estaba predispuesto contra él, al igual que los gobiernos de Nicaragua, Honduras, Guatemala y el Salvador.

Afortunadamente, demasiado tarde se enteró el despótico Carrillo, del desembarco de General Morazán, pero aún así, giró ordenes terminantes de que salieramos inmediatamente de suelo costarricense. Indignado el General Morazán, por la actitud prepotente e irrespetuosa de Don Braulio hacia quienes jamás le habían causado el menor daño, y enterado de su malgobierno, redactó e hizo proclamar lo siguiente:

A LOS HABITANTES DEL ESTADO DE COSTA RICA

Costarricenses: Han llegado a mi destierro vuestras súplicas, y vengo a acreditaros que no soy indiferente a las desgracias que experimentais. Vuestros clamores han herido por largo tiempo mis oídos; he encontrado al fin los medios de salvaros, aunque sea a costa de mi propia vida.

Compatriotas: el día de la libertad ha llegado; venid a recibir de mis manos este grandioso presente, de estas manos que han sido mutiladas tantas veces por defenderlo: venid a saludar la bandera de los libres, que vuelve a flamear de nuevo sobre el suelo costarricense, después de tantos años de esclavitud y opresión:

Venid a colocaros en derredor de este hermoso emblema de vuestra regeneración política, al lado de tantos compatriotas vuestros, dispuestos a sacrificarse en defensa de vuestros derechos: venid a tomar las armas y municiones que abundan en nuestro campo y marchemos enseguida contra el tirano, porque todo el tiempo que éste abuse de la libertad del pueblo será de aprobio, de sangre, y de luto para vosotros.

Costarricenses: No más contribuciones arbitrarias, no más prisiones sin causa: no más destierros y confinaciones sin motivo: No más trabajos forzados sin objeto: No más víctimas inocentes, sacrificadas a la venganza sin ninguna forma de juicio: No más arbitrariedad y tiranía.

Ya no se verán en lo sucesivo los maridos y padres de familia arrancados del hogar doméstico con sus esposas e hijos para ir a perecer a los caminos de Puntarenas y Matina. Al peso de un ímprobo trabajo y al influjo de una atmósfera mortífera han sucumbido allí centenares de costarricenses, y los restos de los cadáveres insepultos que no han sido pasto de las fieras, yacen hoy colocados en las sinuosidades de un terreno que la barbarie y la ignorancia de un despota han querido hacer transitable.

No vereis ya vuestras tierras ocupadas y vendidas, destruídas vuestras casas, segadas vuestras sementeras sin ninguna indemnización, solo con el fin de hermohear los lugares en donde el tirano medita nuevos medios de esclavizaros.

Bajo la égida de la ley, de esta ley que vosotros mismos habeis dictado y que hoy yace escarnecida y hollada por el tirano que os oprime, estarán en adelante vuestras vidas,

vuestras personas y la de vuestras caras esposas y tiernos hijos, y el encargado de ejecutarla será desde hoy elegido por vosotros, porque vosotros sois el soberano.

Un déspota ilustrado que domina por largo tiempo una nación puede tener cómplices de sus delitos, pero carece de ellos un tiranuelo como Carrillo, ignorante y sanguinario, que ha esclavizado un pueblo moral, sensible y laborioso, después de haber despedazado sus instituciones republicanas.

Yo solo veo en el Estado de Costa Rica un tirano sin cómplices y un pueblo esclavizado a su pesar.

Un déspota que si tiene unos pocos servidores es por el temor, carece de un solo amigo que haya asociado su causa a la de el que ha destruído la libertad de sus conciudadanos.

Guerra contra Carrillo: libertad del pueblo costarricense: garantías positivas para todos sin ninguna excepcion, es nuestra divisa.

Respeto a la ley, a la moral, a la santa religión y sus ministros es el sentimiento mas íntimo de vuestro compatriota. **F. MORAZAN**

Tres días después, marchamos contra la capital costarricense, a sabiendas de que enfrentaríamos al ejército gobiernista.

El 12 de Abril, acampamos cerca de un lugar llamado El Jocote, a poca distancia de donde acampaba el ejército del Gobierno de Carrillo.

Al día siguiente, de nuestra llegada, y a mediados de la tarde, recibimos la visita de un mensajero del Supremo Jefe del ejército tico.

El mensajero, transmitió un mensaje del Comandante General, para concertar una entrevista con el General Morazán, el día y hora que él designara.

Contestó el General, que al día siguiente, a la diez de la mañana, en mitad del Rio Grande, se encontrarían. Y que cada uno podria llevar dos edecanes.

Esa noche se tejieron mil y una inquietudes, que el General tranquilamente desechaba.

A la hora de la cena, el General anunció que le acompañarian el General Cabañas y su Ayudante Personal el Sargento Mayor Horacio Martínez.

Asombrado el Sargento, me pidió mas tarde, que le acompañara a ver al General Morazán.

—General —le preguntó— ¿Porque me eligió para acompañarlo mañana? Al fin y al cabo, solo soy su Sargento.

—Porque tú lo has querido. ¿Cuantas veces te he ofrecido un ascenso? Decenas de veces y tú siempre los rechazas. Además, el General tico es un viejo conocido tuyo, y yo pienso que se sentirá más tranquilo al ver una cara conocida.

—¿Que dice General?! ¿Que yo conozco ese señor? ¿Cuando? —Exclamó aturdido el Sargento.

—Ya lo verás —contestó riendo el General— Ya lo verás.

Y dando la vuelta se alejó.

Al día siguiente, acompañamos al General a la cita convenida con su oponente. Este, nos esperaba ya en la mitad del río; a su lado, dos generales conversaban con él. Al vernos llegar, se irguieron alertas. Llegados a la orilla, desmontamos y el General me ordenó, quedarme cuidando los caballos, y a continuación caminó hacia el centro, seguido por sus dos edecanes. Sus rivales, al verle avanzar a pie, desmontaron rápidamente y les hicieron un respetuoso saludo militar. Saludo que fué correspondido. Me contaba después, el Sargento Martínez, que se moría por verle el rostro al Comandante General del ejército enemigo, pero hasta que lo tuvo enfrente, lo reconoció. Era el mismo Subteniente, que años atrás, reclamó al General Morazán, el cuerpo de su padre para darle cristiana sepultura.

Después de los saludos, el General Villaseñor, se descubrió respetuosamente y dirigiéndose al General Morazán, dijo:

—General Morazán, es un placer volver a verle.

—Igualmente, General Villaseñor.

—Entonces, ¿Me recuerda General? —preguntó agradablemente Villaseñor.

—Por supuesto, General —contestó— Y me complace ver, que sigue honrando la espada de su señor padre.

—Muchas gracias, General. He venido a comunicarle, que por decisión unánime de soldados y oficiales de mi ejército, hemos venido a proponerle un acuerdo honroso. Conociendo sus sentimientos, plasmados en su reciente proclama, y que coinciden con los de la mayoría del pueblo costarricense, proponemos una unión digna y pacífica de nuestros dos ejércitos, como la más evidente desmostración de que ambos buscamos la paz para el pueblo costarricense.

—General Villaseñor —contestó el General Morazán— Tengo soldados, municiones y artillería, pero, más que eso, tengo el más vivo deseo e interés en ahorrar sangre, dolor y daño al digno pueblo costarricense. Por lo tanto, les recibimos como hermanos, para que juntos busquemos el camino del progreso y la concordia.

Avanzaron los dos generales y con un fuerte abrazo fraternal sellaron, el que más tarde se conocería como el Pacto del Jocote.

Obligado por las circunstancias, y sin que se disparara un tiro, el Licenciado Braulio Carrillo, tuvo que ratificar el Pacto, y en el que ironicamente, se le pedía su renuncia, garantizándole su vida y bienes.

El estado salvadoreño, al tener conocimiento de este hecho, insólito, por lo pacífico, optó por romper relaciones diplomáticas con Costa Rica e igualmente lo hizo el Gobierno de Honduras.

Así, el General Morazán, asumió la Jefatura de Estado de Costa Rica, nombrando como Ministro General al General Miguel Saravia, siendo su primer decreto la declaratoria de indulto general para todos aquellos, que por razones políticas se hallaran en el exilio.

Más adelante, derogó todos los decretos atentatorios, que Carrillo había impuesto para beneficio de sus propios intereses, y dictó, a cambio, otros de beneficio general.

Ante tales hechos, el 15 de Julio de 1842, La Asamblea Constituyente de Costa Rica, lo proclamó Libertador de Costa Rica. Decreto que por modestia personal, el General Morazán demoró en sancionarlo, viendose la Asamblea en la necesidad de ratificar de nuevo el Decreto en mención, con un oficio que literalmente, dice:

“San Jose: 1 de Agosto de 1842- Al Señor Ministro General.

La Asamblea, en sesión de hoy, ha sido informada por algunos de sus individuos, que el Ejecutivo se ha abstenido de imprimir, publicar y circular el Decreto que la misma se sirvió expedir el 15 del proximo pasado, declarando Libertador de Costa Rica al General señor Francisco Morazán, y considerando: que semejante omisión solo puede ser efecto de la misma delicadez de dicho señor General por cuanto es el encargado actualmente del poder ejecutivo.

Ha acordado se diga a éste: que la Asamblea espera no postergará por más tiempo la impresión, circulación y publicación del mencionado Decreto, sin que obste consideración alguna; pues en un documento cuyo conocimiento interesa tanto más a los pueblos, cuando él es la expresión de los sentimientos más puros de gratitud del pueblo de Costa Rica, producidos por sus representantes a favor de la persona que héroicamente lo restablecería al pleno goce de su libertad de derechos.

Es con el fin indicado que tenemos la honra de decirlo a Usted, señor Ministro, de orden de la Asamblea Constituyente, teniendola muy particular en reproducir que somos sus atentos servidores. Joaquin Bernardo Calvo. —Felix Sancho”

TRAICION Y MUERTE DEL GENERAL MORAZAN...

Desde Julio de 1842, La Asamblea Constituyente del Estado de Costa Rica, había acordado, integrarse a la República Federal de Centroamérica, idea que el General Morazán aplaudía de todo corazón.

Basado en lo anterior y con los amplios poderes otorgados, el General Morazán empezó a formar un ejército que respaldara su intención de reconstruir la República Federal de Centro America. Con el dinamismo que le caracterizaba, el General dictó las órdenes pertinentes para la recaudación de los fondos necesarios para el equipamiento de su ejército.

Cierto día, le visitó un distinguido ciudadano llamado Don Mariano Montealegre Fernández, fiel amigo del General, con la intención de disuadirlo de ciertas medidas que se estaban tomando, tanto para el reclutamiento, como para el financiamiento del ejército. Además, le recomendada cautela, pues tenía conocimiento de que sus antiguos adversarios, planeaban aprovecharse de estas medidas para desacreditarlo.

El General agradeció los consejos de Don Mariano, pero siguió adelante, confiando en que el pueblo costarricense lo apoyaría.

El 11 de Septiembre, un agente pagado por los grupos separatistas, llamado Florentino Alfaro, al mando de un grupo de 350 hombres, se apoderó de ciento cincuenta quintales de pólvora, fusiles y plomo que iban consignados al General Morazán.

Con estos pertrechos, marcharon sobre la ciudad de San José y atacaron por sorpresa la Guardia de Honor del General Morazán formada por 40 soldados salvadoreños.

Durante el ataque, que duró alrededor de hora y media y que fue hábilmente repelido por la Guardia, los atacantes aumentaron sus fuerzas con civiles llegados de Heredia y Alajuela.

El General, deseoso de evitar un derramamiento de sangre mayor, ordenó reconcentrarnos en el Cuartel Principal, a muy corta distancia de donde nos hallabamos. Cuando llegamos, vimos que estaba vacío; los pocos reclutas, sin experiencia y atemorizados, habían huido.

De pronto, oímos ruido de caballos y hombres corriendo. El General se asomó a una ventana, y gritó:

—¡Abran! ¡Es el General Cabañas que viene!

Se abrieron los portones y unos ochenta hombres que venian con Cabañas se precipitaron dentro.

Minutos después, vimos aparecer una turba, portando antorchas, palos y piedras. Tras de ellos, numerosos soldados al mando del General Antonio Pinto.

Y que al unirse al pueblo conformaron como 5000 personas.

Cuando estaban, como tres cuerdas del cuartel, fueron detenidos por una barricada improvisada, hecha por unos pocos hombres que el General Cabañas, previsora, había dejado atrás.

La turba, al ser recibida con disparos de advertencia, se desparramó, permitiendo que los soldados de Pinto contestaran el fuego. Los de la barricada, al verse atacados furiosamente, contraatacaron.

El General Morazán viendo la crítica situación de aquellos pocos valientes, encabezó un grupo de unos cincuenta hombres, y bajo una lluvia de balas, fuimos a reforzar a nuestros compañeros.

Pese a ser mi bautismo de fuego, no sentía miedo. Tal vez por que no tenía tiempo para especulaciones. Solo sabía que tenía que disparar y disparar. Cerca de mí, el Sargento Martínez, se movía como una gallina cuidando de sus polluelos. Ora gritando aquí, ora arreglando allá.

En un tramo de la cerca, una bandera ondeaba, sobre las cabezas de hombres ocupados en disparar.

Al caer la noche, el combate se recrudeció, con los fusiles y municiones que el General Pinto repartía a los civiles.

El General Morazán, distribuyó a sus hombres, en todas las bocacalles que conducían al cuartel, así como en los tejados de las casas del perímetro defensivo, bajo las órdenes del General Villaseñor, regresándose al Cuartel para evaluar su situación.

Al hacer el recuento total de sus fuerzas, estas arrojaron un máximo de 140 hombres, con pocas municiones. Sabíamos que no podíamos contar con el auxilio de nuestras fuerzas conjuntas por que habían sido enviadas a Puntarenas y otra parte a El Guanacaste.

Durante la noche, los sitiadores intentaron en, dos ocasiones, romper el cerco. En ambas, fueron rechazados, a costa de numerosas víctimas.

En la mañana del día 03 de septiembre, el Capitán Pedro Mayorga, Comandante Militar de la Ciudad de Cartago, quiso rescatar al General Morazán, pero viendo la magnitud de la tarea, se acobardó. Retrocedió y prefirió, acomodaticamente, sublevar la población de Cartago en contra del General Morazán.

Al promediar la tarde, los atacantes enviaron como emisario, al padre José Antonio Castro, para pedir la rendición del General Morazán. Este contestó, que en su calidad de Jefe de Estado de Costa Rica, no tenía por que rendirse al populacho, ni rendirse a un subordinado como el General Pinto.

Al caer la noche, arreció el combate. La oleada de los atacantes estaba tan cerca, que era posible distinguir los movimientos de ambos bandos.

Alrededor de las once de la noche, se hizo una tregua, que el Sargento aprovechó para realizar una inspección a sus hombres.

La mayoría estaba muertos, y los demás muy malheridos. El General, sangraba de un rozón en la mejilla derecha, y extenuado se derrumbó a mi lado.

—Bien, Poeta —me dijo, ofreciendome un cigarrillo— ¡Que estrenada te has dado como soldado!

En eso se nos aproximó el General Cabañas y agachandose dijo:

—General, voy a ir a ver como le va al General Villaseñor y de paso a conseguir un trago, ¿Quiere venir?

El General sonrió y contestó:

—¡Claro hombre! ¿Como voy a rechazar semejante invitación? Y poniendose de pie se dirigió a nosotros:

—Poeta, Sargento, vamos.

Nos levantamos y como sombras nos deslizamos entre cadáveres y escombros.

Al llegar a la primera casa de la barricada, solo estaba el General Villaseñor y 5 soldados. Los demás estaban muertos. El General se miraba macilento, pero animoso. Nos saludó bromeando, por recibirnos en lo que antes era una cantina. Entonces comprendí lo de “buscar un trago” que habia dicho el General Cabañas.

Pronto, halló una botella de cognac y dos copas polvosas, que limpió soplandolas, donde sirvió sendos tragos que ofreció a los Generales Morazán y Villaseñor.

Desocupadas las copas, volvió a llenarlas de licor, y nos las ofrecio al Sargento y a mí.

—Tómela usted General —le dije— Yo tomaré después.

—De ninguna manera amigo, ademas yo beberé a pico de botella —contestó levantando la botella para beber, cuando un disparo surgido de la oscuridad, le destrozó la botella.

Inmediatamente nos tiramos al suelo, mientras el General Morazán riendo alegremente le decía:

—¡Caramba, Trinidad, esos bárbaros no te dejan ni tomar un trago!

Nos incorporamos, y el General ordenó que nos marcháramos todos. Cuando íbamos a medio camino, se reinició el tiroteo y echamos a correr, con excepción del General Cabañas que sin apresurar el paso, se acercaba recogiendo los fusiles de algunos caídos.

De pronto cerca ya de la entrada, una bala le arrebató la presilla del hombre derecho, y el General que presenció el suceso, le gritó en tono festivo:

—¡Y ahora te hicieron Teniente!

Nos armamos de sables y pistolas, y en grupos de tres, nos escurrimos en las sombras, en medio de la terrible confusión y algarabía; partimos al galope hacia Cartago. Villaseñor había propuesto esa ciudad, ignorando, como todos, la traición del Comandante Mayorga.

Pronto, nos hallamos en el campo y continuamos a galope tendido. Viendonos casi muertos de cansancio, Villaseñor propuso nos dirigiéramos a casa de Mayorga, para reponer fuerzas y continuar.

Mayorga vivía en una casa de las afueras de Cartago, rodeada de árboles. Al oír el galope de los caballos y detenernos frente a su casa, gritó desde una oscura ventana:

—¡Alto ahí! ¿Que buscan?

—¡No dispare Mayorga! Somos amigos —gritó Villaseñor.

Al aproximarnos y reconocerlo, Mayorga exclamó:

—¡General! ¡Usted! Pero... ¿Qué pasó?

—Venimos a que nos esconda- contesto Villaseñor desmontando.

El Comandante Pedro Mayorga era un hombre de tez pálida, barbado y que aparentaba una edad media. Iba vestido con unos pantalones grises metidos en unas viejas botas, y una sucia camisa color ladrillo. Bajo la mata de cabello gris habían unos ojos nada amigables.

—Dios! —exclamó al reconocer al General Morazán— ¡Usted también! Y ¡viene herido!

—No perdamos tiempo —apremió Cabañas— Alguien puede vernos.

—Si, si, tiene razón. Pasen, pasen están en su casa —dijo obsequioso el traidor.

Entramos los cinco en la espaciosa cocina, y mientras Mayorga sacaba queso y pan, el General Cabañas dijo que él continuaría en busca de ayuda, que lo esperáramos ahí. El General le dijo que antes comiera algo, y que en un caballo de refresco de los de Mayorga, se marchara. Y así lo hizo el General Cabañas. Fue la última vez que el General Morazán vio a su amigo predilecto.

Mayorga al ver la herida que el General tenía en la cara, le dijo:

—Señor, si usted me lo permite, iré a buscar un médico de toda mi confianza. Además, tal vez consiga averiguar algo.

El General miró a Villaseñor, y este asintió.

Mayorga se marchó inmediatamente, y todos nos tendimos en el suelo y casi al instante, nos dormimos.

No sé cuanto tiempo dormimos, solo recuerdo que alguien me sacudía gritándome:

—¡Despierta, Poeta! ¡Nos han traicionado! ¡Despierta!

Abrí los ojos y aturdido ví a una mujer arrodillada a los pies del General, y sollozando decía:

—¡Huyan por favor! ¡Huyan! ¡Pedro los ha vendido!

Repentinamente, los vidrios de las ventanas fueron rotos por los cañones de los rifles que nos apuntaban, mientras 6 o 7 hombres se precipitaban dentro de la cocina apuntándonos con pistolas.

—¡Ríndanse! ¡Están rodeados! ¡Ríndanse!

Aturdidos, confusos y cansados como estábamos, nuestros reflejos eran lentos, por lo que fuimos fácilmente atrapados.

Quedamos bajo la custodia del Mayor Daniel Orozco, quien nos encerró en un establo de piedra fuertemente custodiado, y en donde el desaliento más profundo nos invadió

Una hora más tarde, la puerta se abrió para dar paso al General Miguel Saravia, el Ministro General del Gobierno de Morazán, arrestado cuando se dirigía a Puntarenas, y detrás de él, Francisco Morazán hijo.

Padre e hijo, se fundieron en un entrañable abrazo, y después se retiraron a un rincón a conversar.

Poco rato después, la puerta volvió a abrirse y penetró al establo, un hombre alto, corpulento, de rostro rubicundo, y se dirigió al General Morazán.

—General Morazán, me llamo Buenaventura Spinach y soy el Fiscal del Estado.

—Y, ¿Que quiere el Señor Fiscal de mí? —preguntó tranquilamente el General al tiempo que se ponía de pie.

—Poca cosa General. Una nota de su puño y letra para sus compañeros Cabañas y Saget, ordenándoles que se rindan y entreguen las armas que tiene ocultas; si lo hacen es posible que alcancen clemencia.

El General le miró a los ojos y con voz serena, replicó:

—Los Generales Cabañas y Saget acatarán cualquier orden que les dé. Excepto la de rendirse o entregar las armas. Jamás lo hemos hecho y jamás lo harán.

Spinach palideció y con el rostro congestionado por la ira, gritó:

—¡General, le ordeno que me dé esas notas o lo fusilo de inmediato!

—Señor Spinach, le agradeceré que vaya a ladrar a otro lado. Interrumpe nuestra conversación —contestó el General, y dándole la espalda continuó la conversación con su hijo.

Al ver Spinach, que nadie le prestaba la menor atención se marchó.

Al rato se presentó el Mayor Orozco, nuestro carcelero, para informarnos que por órdenes del Señor Fiscal, se nos iba a engrillar de inmediato.

—¡Jamás! —gritó Saravia e inesperadamente saltó sobre Orozco, derribándole y arrebatándole la pistola, se la puso en la sien con intención de matarse.

El General Morazán, se precipitó contra él y lo desarmó, gritando:

—¡No!

Los dos soldados que acompañaban a Orozco, montaron sus rifles y encañonaron a los dos generales que habían caído al suelo.

—¡No disparen! —les gritó Orozco recobrando su arma, se puso de pie y la enfundó en su cartuchera.

De pronto, Morazán hijo, exclamó:

-¡Padre! ¡El General Villaseñor!

Aprovechando la confusión del incidente, Villaseñor había extraído un puñal que llevaba oculto en una bota, y clavándose en un costado, caía bañado en sangre.

El General alarmado se acercó a Villaseñor y le gritó a Orozco.

—¡Pronto, un médico!

—Lo siento General, no hay ninguno.

Repentinamente, reparé en Saravia, que se había puesto de pie lentamente y que se tambaleaba con un rictus de dolor en el rostro.

El Sargento Mayor lo sujetó con firmeza, y con cuidado lo tendió en el suelo. Se inclinó sobre él y olfateó. Después le tomó la mano derecha y acercó a su nariz un anillo de sello que llevaba.

—¡Dios mio! —dijo— ¡Se ha envenenado!

Nos acercamos todos a él, y alcancé a oír como el General Saravia sonriendo musitaba:

—A...dios a...mi...gos.

Y con un último estertor, expiró.

Impresionado el Mayor Orozco ordenó que tres soldados permanecieran dentro de aquella habitación y nos vigilaran muy de cerca.

El General pidió le permitieran cuidar de Villaseñor, a lo que accedió Orozco, proporcionándole unos trapos sucios y una botella con agua. El General se quitó su chaqueta y la acomodó bajo la cabeza del herido, que permanecía en la semiinconsciencia; después extrajo cuidadosamente el puñal, que arrojó a los pies de los carceleros, y con

mucho cuidado vendó a Villaseñor, humedeciendole los labios y la frente con un pañuelo que le dió su hijo Francisco.

El General Villaseñor, abrió los ojos y fijando la mirada en Morazán, dijo con voz apagada:

—Perdóneme General...todo es por mi culpa...

—Olvidelo, General, no es culpa suya. Descanse y no hable. Es una orden.

El herido sonrió y dijo:

—Si señor...

Cerró los ojos y pareció dormir.

Como a las seis de la mañana, el General Pinto ordenó que fuerámos llevados a San José. El General Morazán montado y engrillado y el General Villaseñor en una hamaca. Los demás iríamos a pie.

Al llegar a un lugar llamado Las Moras, un Capitán de apellido Benavides recibió a los prisioneros y les leyó la orden de fusilamiento del General Pinto para los reos Francisco Morazán y Vicente Villaseñor. Curiosamente, en la orden no se mencionaban los motivos, aunque si se especificaba que los antes mencionados, marcharían a pie hasta el lugar de la ejecución.

Una enorme multitud llenaba las calles, contenida por cordones de soldados a ambos lados de las calzadas. La procesión la componían, al frente dos soldados con los rifles cruzados sobre el pecho, detrás, el General Francisco Morazán, a su derecha el General Villaseñor, que se apoyaba en el hombro de Morazán. Después, el Sargento y yo. Detrás nuestro dos soldados con los rifles cruzados.

Marchaban, dignos, serenos, erguidos, mirando siempre al frente.

Yo esperaba oír gritos e insultos, pero me sorprendió el silencio. Que casi podría decir: respetuoso.

El trayecto demoró unos 25 minutos hasta que llegamos al edificio llamado de la Constitución, en donde quedamos detenidos.

Gracias a la intervención del distinguido ciudadano Don Mariano Montealegre Fernández, se retiraron los grilletes a los generales y se permitió una corta visita de Don Mariano.

—General —le reprochó Don Mariano al General— ¡Qué lástima que no me hizo caso!

Concluida la visita. Don Mariano abrazó al General, prometiendole ayudar a su familia con todos los medios a su alcance. Promesa que el General agradeció entregandole como recuerdo, su cigarrera de plata.

Al quedar a solas, el General se dirigió a Villaseñor que recostado en una silla, le miraba.

—General, ¿Como se siente?

—Pues...como para bailar —respondió sonriendo.

El General Morazán sonrió y palmeándole el brazo, dijo:

—Bravo General, este es el Villaseñor que yo conozco. Valiente y decidido.

—¿Sabe General?...Siempre admiré a mi padre...Siempre...quisé ser como él...admirado y respetado... Que todos se sintieran...orgullosos de mi...Pero...ni en mis sueños más locos...pensé terminar así... fusilado...y no en el campo...de batalla.

El General asintió y respondió:

—General, la posteridad nos hará justicia. Ahora descanse.

Apartándose, pidió papel y pluma, y junto a su hijo, redactó su testamento.

A las cinco de la tarde, se presentó un Capitán para informarnos que la hora había llegado. Informándonos también que el General Pinto ordenaba la libertad del Sargento Mayor Horacio Martínez y la mía. Posteriormente, nos enteramos que el General Morazán había pedido a Don Mariano Montealegre Fernández intercediera por nosotros ante el General Pinto.

El Capitán nos ordenó a continuación, de que lleváramos al General Villaseñor en la silla donde estaba, dada su extremada debilidad, hasta la plaza donde sería ejecutado.

Llegados al lugar, el General pidió permiso para despedirse de su hijo, al que abrazó cariñosamente, recomendándole cuidara mucho de su madre. Después, se acercó al Sargento, y poniendo sus manos en los hombros de él, le dijo:

—Amigo. Más que amigo, mi hermano. Que Dios te pague todo lo que hiciste por mi. Tal vez más te hubiera valido no salvar mi vida aquella vez.

—General—respondió el Sargento con el rostro bañado en lágrimas— Es la mejor cosa que he hecho en mi vida.

Se abrazaron y después el General me abrazó.

Se volvió e irguiendo la figura, solicitó se le concediera dar las órdenes.

El Capitán saludó y le cedió el mando. Se hizo el silencio. Se acercó a Villaseñor, le ayudó a ponerse de pie, y echando un brazo sobre sus hombros, le dijo:

—Valor, amigo que somos hombres y soldados.

Se irguieron juntos, y el General Morazán ordenó:

—¡Atención! ¡Preparen! ¡¡ FUEGO!!

Y los fusiles tronaron.

